

EL DESPERTAR — DEL ROTO —



SOBERANISMO PARA EL PUEBLO CHILENO



MARCO VILLARROEL



EL DESPERTAR DEL ROTO

Soberanismo para el pueblo chileno

© 2026, Marco Villarroel

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Septiembre de 2026

ISBN: 978-956-03-0952-5

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra citando la fuente y al autor

EL DESPERTAR DEL ROTO

Soberanismo para el pueblo chileno

INDICE GENERAL

Prólogo

Capítulo 1: La herida abierta

El TPP-11 y el Fraude Amplio – El iceberg del saqueo y la nacionalización del cobre – Jorge Lavandero y los defensores del cobre – Las cifras del saqueo – La hacienda: el modelo que no se rompe – El Estado antes que la nación

Capítulo 2: El sujeto que la historia omitió

De la burla al arquetipo – La tradición guerrera que viene de antes – Lautaro: el primer genio militar del territorio – Yungay: el bautizo del mito – La Guerra del Pacífico y la Esparta Americana – Héroes de carne y hueso – El pago del Estado – El padre del nacionalismo chileno – El tipógrafo que forjó la conciencia obrera – El roto como disposición del alma

Capítulo 3: El enemigo que no se ve

El globalismo no es una teoría conspirativa –
La arquitectura del globalismo – El
tecnofeudalismo: el capital de la nube – La
manipulación espiritual como herramienta
geopolítica – El dinero-deuda como
mecanismo de control – La democracia
como negocio de las élites – La disidencia
controlada: el libertarismo como crítico
funcional

Capítulo 4: La decisión soberanista

El nuevo eje: soberanía sobre subordinación –
La Tríada Arquetípica: Tierra, Pueblo, Destino
– El Estado con SOBERANÍA – La
transvaloración: cambiar el mapa de valores
– Romper la subordinación: de objeto a sujeto
– Construir poder desde abajo – El despertar
del roto

Capítulo 5: El horizonte propio

La crisis del orden unipolar – Los riesgos del
nuevo orden multipolar – Iberoamérica como
civilización autónoma – Chile tricontinental –
Neutralidad activa – La Alianza Austral –
Chile en el mundo

Epílogo

PRÓLOGO

En 2017 escuché por primera vez el término soberanista. Un amigo me habló del soberanismo, como una mezcla de nacionalismo y socialismo, sin la escoria de ambos. La palabra resonó de inmediato en mí, aunque en ese momento no dimensioné toda la profundidad que encerraba.

Nunca milité en un partido, pero sí milité en la calle. Ahí estuve, del lado de las causas que sentí justas: las marchas por la educación, las del No Más AFP, las protestas por la Patagonia, la candidatura de Marcel Claude en 2013. En esa época no conocía la palabra soberanista, pero ya lo era.

Aburridos de los casos de corrupción del duopolio Concertación-Alianza, creímos en los cabros del Frente Amplio como una opción real de cambio. Lamentablemente, esa nueva izquierda terminó legislando en contra del mismo pueblo que decía representar, mientras

recibía aportes de fundaciones como la Open Society de George Soros.

Esa decepción no inventó mi desconfianza hacia el relato oficial del poder: ya la traía desde antes. Llevo casi veinte años investigando la trama oculta del poder, sospechando de la élite globalista sin encontrar las palabras justas para decirlo sin sonar conspiranoico.

En ese camino aprendí a leer la historia al revés. Descubrí que ser roto no es un insulto. Es, en realidad, una medalla de honor.

Roto, rota: la palabra quedó en masculino porque la historia la escribieron hombres, pero el alma que nombra no distingue entre hombre y mujer. Es una forma de estar en el mundo: la del que se forja a sí mismo en la intemperie, con o sin herencia, con o sin apellido. Así la uso en este libro. Si te reconoces en ella, te pertenece. Si no, da lo mismo —esto no es para quien se pone la etiqueta, es para quien se reconoce en la experiencia.

Este libro se llama El despertar del roto: solo cuando el roto despierta su conciencia, puede luchar por recuperar el control de las riquezas de su tierra, el bienestar de su pueblo y la capacidad de decidir su destino.

No sé si vamos a ganar. Pero sé que hay que intentarlo. El soberanismo es la doctrina que puede convertir esa medalla en poder.

Ese poder se afirma en la Constitución: el artículo 5° dice que "la soberanía reside esencialmente en la Nación".

El problema viene después, en cómo se delega ese ejercicio. Ahí se esconde el secuestro de la soberanía, y de eso trata este libro: de cómo pasó, y qué se puede hacer.

Si buscas "soberanismo" en internet, casi no aparece nada. Hay textos de autores extranjeros, pero ningún libro que desarrolle el concepto para Chile. Es un nicho vacío. Y los nichos vacíos los llenan otros. Si no lo llenamos nosotros, lo van a

llenar los mismos que nos vendieron la patria y nos robaron el pueblo.

Que quede claro: no hay partido político detrás de esto, ni candidato, ni ganas de figurar. Podría usar un seudónimo, pero desconfiaría de un libro de teoría política escrito por alguien que no da la cara. Cuando el roto despierta, se vuelve más desconfiado. Y eso está bien. Este soy yo: un roto chileno, hablándole a otros rotos.

No estudié ciencias sociales. Elegí una carrera científica. Pero llevo años estudiando de forma autodidacta, leyendo, cruzando fuentes, atando cabos. Y para ser honesto, soy más bien un recopilador. El soberanismo chileno se nutre de pensadores con más de un siglo de historia: el nacionalismo popular que nace del pueblo, frente al nacionalismo oligárquico que solo exalta símbolos.

Son ideas potentes, con arraigo, con proyecto. Alguien tenía que condensarlas y dejarlas por escrito, y decidí ser yo. No porque sea el más

preparado ni el que más sabe del tema, sino porque, total, alguien tiene que hacerlo.

Este libro es para que el roto que hay en ti despierte. Lo que pase después ya no es un libro: es Chile. Manuel Rodríguez lo dijo hace más de dos siglos, y sigue siendo cierto: “¡aún tenemos patria, ciudadanos!”.

Marco Villarroel

CAPÍTULO 1: LA HERIDA ABIERTA

El TPP-11 y el Fraude Amplio

Recuerdo el día en que se aprobó el TPP-11. Fue un 11 de octubre de 2022. Mis camaradas fueron a protestar. Yo no pude ir. Tenía turno en la pega. Así funciona el sistema: la mayoría tiene que enfocarse en sobrevivir, y no puede protestar por miedo a perder el trabajo. Mientras tanto, las

decisiones sobre nuestro futuro las toman operadores políticos entre cuatro paredes.

El Senado lo aprobó con 27 votos a favor, 10 en contra y una abstención. Boric había prometido detenerlo en campaña. Cuando era diputado, votó en contra. Incluso iba al hemiciclo con una polera que decía “No al TPP”. Pero de presidente, con la facultad legal para retirarlo del Senado, no lo hizo. Meses después, en diciembre, depositó la ratificación. Con eso firmó el tratado más coercitivo de la historia de Chile. Y firmó también su propia traición al pueblo que decía defender. El diputado Boric que votó en contra del TPP-11 despreciaría al presidente Boric que lo firmó. Y con razón. Eso no fue un error. Fue una decisión: la confirmación de que la pseudoizquierda progresista es funcional al mismo sistema que dice combatir.

El TPP-11 no es un tratado de libre comercio como los otros. Chile ya tenía acuerdos bilaterales con todos los países del bloque. Lo que añade es un mecanismo de control: si el Estado aplica una política pública que a una transnacional no le gusta, la empresa puede

arrastrarlo a tribunales de arbitraje internacional, con jueces expuestos a conflictos de interés y que operan al margen de nuestra justicia nacional [\[1\]](#) . Con la excusa del libre comercio, nos amarraron a una jurisdicción que hipoteca la soberanía del país y le corta las piernas a cualquier estrategia de desarrollo propio.

Esa traición tuvo costo político. El ascenso de Kast no fue mérito de la derecha: fue la consecuencia de una izquierda que prometió cambio y entregó más de lo mismo, sumado al viejo cuco del comunismo que la derecha reactiva cada vez que le conviene.

Kast es el síntoma de que la izquierda dejó de ser una opción. El roto no se volvió de derecha: se quedó sin alternativas. Kast es el nuevo capataz que el globalismo necesita para seguir administrando el fundo. La pregunta que surge es si vamos a despertar antes de que sea tarde.

El iceberg del saqueo y la nacionalización del cobre

El TPP-11 es solo la punta del iceberg. Abajo, sumergido, invisible para la mayoría, está el verdadero tamaño del saqueo: pulmones rotos en la pampa salitrera, ríos del norte envenenados por la minería, bosques arrasados, comunidades enteras sacrificadas en nombre del "desarrollo". Y en la base misma del iceberg: la extracción de nuestras riquezas minerales, disfrazada de exportación de piedras en bruto que se van en contenedores. El país se queda con las migajas y la cuenta.

Ese iceberg tiene una fecha clave: el 11 de julio de 1971. Ese día, el Congreso aprobó por unanimidad la nacionalización del cobre. Salvador Allende lo llamó "el día de la Dignidad Nacional". Por primera vez, el "sueldo de Chile" iba a ser cobrado por Chile. Fue el mayor acto de insubordinación de nuestra historia republicana: el pueblo, a través de sus representantes, le

arrebató al capital extranjero el control del principal recurso del país.

La unanimidad reflejaba algo más profundo: el cobre como propiedad del Estado era un acuerdo tan hondo que ni la dictadura se atrevió a cambiarlo en el papel. La Constitución de 1980, redactada por Jaime Guzmán bajo la lógica de que "aunque cambie el gobierno, no cambie el modelo", mantuvo intacto el dominio estatal sobre las minas. Su artículo 19, numeral 24, inciso 6°, dice textualmente: "El Estado tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas".

Pero dos años después, en 1982, la Ley Orgánica Constitucional de Concesiones Mineras cambió las reglas por debajo: transformó ese dominio en un derecho real de concesión plena y le entregó el control efectivo al privado. En el papel, el cobre seguía siendo chileno. En la práctica, se llevaban la plata en camiones, y el país se quedaba viendo el convoy pasar.

Los mismos que redactaron las leyes que privatizaban el cobre y el litio —los Chicago Boys,

los ingenieros formados en la Escuela de Milton Friedman— terminaron como dueños de las empresas que ellos mismos vendieron. Hernán Büchi, ministro de Hacienda, pasó a ser vicepresidente de Soquimich y presidente del holding de Juan Hurtado Vicuña. José Piñera creó las AFP, que proveyeron el capital para que los mismos grupos compraran las empresas estatales con los ahorros de los trabajadores. Julio Ponce Lerou, yerno de Pinochet, privatizó Soquimich y se quedó con el litio chileno. Legislaron el saqueo. Después lo compraron. Esa fue la jugada maestra: hacer que el robo fuera legal [\[2\]](#) .

Pinochet fue el gerente de esa operación. Primero usó el terror para aplastar a sus opositores, declarándolos 'enemigos internos'. Con el miedo ya instalado, entregó los recursos al capital global y le abrió la puerta al neoliberalismo apátrida. No fue un salvador. Fue un administrador del saqueo, y la dictadura fue el blindaje que usó para hacerlo. El 'milagro' que algunos todavía defienden es puro mito de la Guerra Fría.

El libreto no terminó con la dictadura. Ya en "democracia", se repitió con los mismos actores, pero esta vez el escenario era el mar. La Ley Longueira privatizó el mar chileno en beneficio de siete familias. Con coimas, con favores, con la puerta cerrada y el pueblo afuera, sin pito que tocar.

El sistema funciona como fue diseñado. Las leyes no se hacen para el pueblo, sino a la medida de los que financian las campañas: los grandes holdings, los grupos económicos foráneos, la oligarquía nacional cipaya. Dueños de los medios que modelan la opinión pública. Dueños de los recursos que deberían ser de todos. Los políticos —de izquierda, de derecha, de centro— son sus empleados. Solo ponen la firma.

Y cuando el sistema se ve amenazado, se protege a sí mismo. Ocurrió con el fraude de los refichajes de 2017, cuando la clase política arregló la ley a su pinta para perpetuarse en el poder [\[3\]](#) . No era la primera vez. En Chile, los arreglines electorales son casi una tradición de

la élite: acarreo de votos, padrones inflados, congresos designados a dedo como el de las Termas de Chillán en 1930, donde el dictador Ibáñez, con la complicidad de los partidos, presentó el número justo de candidatos para que no hubiera que votar [\[4\]](#) .

Lo mismo pasó tras el estallido social: el “acuerdo por la paz y la nueva Constitución” se pactó a espaldas del pueblo que había salido a la calle.

Así funciona este sistema, vacía el cobre, privatiza el mar, concentra la riqueza en unos pocos, porque el saqueo, para ser posible, necesita legislar antes su propia impunidad.

Jorge Lavandero y los defensores del cobre

Hay un hombre que no se quedó callado. Su nombre es Jorge Lavandero Illanes. Tres veces diputado, cuatro veces senador, luchó por el cobre como patrimonio nacional. Durante 17 años de dictadura, resistió.

Y esa resistencia tuvo precio. Cuando un político no se corrompe ni se deja cooptar, el poder tiene un solo recurso: sacarlo del tablero. Con Lavandero lo intentaron dos veces. La primera, contra su vida. La segunda, peor porque fue más eficaz, contra su nombre.

En 1984, cuando estaba a punto de publicar las escrituras que probaban el fraude de Pinochet con la mansión de El Melocotón, una veintena de agentes de la CNI lo interceptó en su auto. Lo golpearon con fierros y le fracturaron el cráneo. Perdió la audición de un oído. Los documentos desaparecieron. La investigación se archivó sin culpables [\[5\]](#) . No lo consiguieron: sobrevivió, y siguió denunciando el saqueo cuando nadie quería escucharlo.

Señaló que los concentrados de cobre que exportamos llevan oro, plata, platino, renio, paladio —metales que valen hasta ocho veces más que el cobre— y que no los cobramos. Dijo que había que fundir y refinar en Chile. Que "vender menos cobre y ganar más" era posible. Tenía razón.

La segunda vez no fallaron. En 2005, en el momento de mayor proyección de su carrera, un programa de televisión lo acusó de abusos sexuales a menores. Fue condenado sin juicio oral. Pasó cinco años preso. Él siempre lo denunció como un montaje político, jurídico y comunicacional: testigos falsos pagados por el fiscal, una operación para destruir su carrera justo cuando su voz empezaba a incomodar al poder.

Escribió dos libros en la cárcel para demostrarlo, uno de ellos titulado, sin rodeos, Autobiografía de un asesinato de imagen. Si no pudieron matarlo, lo mataron políticamente.

El periodista argentino Miguel Bonasso documentó en su libro El Mal (2011) que la operación contra Lavandero fue orquestada desde la minera Barrick Gold para silenciar su oposición al Tratado Minero que beneficiaba a la transnacional [\[6\]](#) . Barrick sabía que Lavandero era su peor enemigo en el Congreso, y no iba a permitir que un senador incómodo se

interpusiera en sus negocios. Así que lo destruyeron políticamente.

El montaje no fue solo mediático. Fue también judicial, y ahí las irregularidades son escandalosas. El fiscal Xavier Armendáriz fue nombrado jefe de la investigación en octubre de 2004, pero no había jurado como fiscal porque la Reforma Procesal Penal en Santiago recién comenzaba en junio de 2005. Era un funcionario que no pertenecía al Ministerio Público.

La jueza Georgina Gutiérrez adelantó la sentencia para que Lavandero no tuviera tiempo de buscar nuevos abogados.

Su abogado, Matías Balmaceda, confesó después que "nunca estuvo llano al procedimiento abreviado" y que "tuvieron que mentirle a la juez" para que aceptara un juicio que no quería.

Un testigo de la fiscalía, Jaime Insunza Pasmillo, declaró bajo juramento que le ofrecieron \$700.000 para declarar en contra de Lavandero y que "las acusaciones son totalmente falsas,

debido a que están siendo presionados por los fiscales". Otros testigos se retractaron, pero la condena ya estaba hecha.

La justicia miró para otro lado. La Corte Suprema nunca anuló el caso. Años después, una resolución administrativa del Ministerio de Justicia lo rehabilitó, ordenando que fuese considerado como si nunca hubiera delinquido, pero eso solo sirvió para efectos laborales.

El daño ya estaba hecho. El debate sobre el cobre perdió a su denunciante más persistente.

Hoy tiene 96 años. Sigue luchando. Sigue dando entrevistas, conferencias, participando en streaming. Sigue denunciando el saqueo. Y ahora también defiende el litio.

Pero Don Jorge Lavandero no está solo. Junto a él están Julián Alcayaga, economista y presidente de la ONG Chile-Cobre; Héctor Vega, autor de Cobre. El metal de la discordia; Manuel Riesco, Orlando Caputo. Viejos defensores del cobre. Hombres que han dedicado su vida a una causa que la clase política prefiere ignorar.

Este libro les debe un reconocimiento. A Lavandero, el primero. Porque dijo la verdad cuando decirla costaba caro. Y porque, a pesar de todo, sigue en la pelea.

Lavandero puso el cuerpo y la denuncia. Lo que sigue son los números que él llevaba años señalando.

Las cifras del saqueo

Chile es el mayor productor de cobre del mundo. Posee cerca del 34% de las reservas globales y lidera la producción planetaria desde hace décadas. El cobre ha sido, desde la nacionalización, el "sueldo de Chile". Sin embargo, algo no cuadra: mientras la producción aumenta, los ingresos fiscales se estancan. El país produce más que nunca, pero recibe menos que antes. La primera pregunta que debería hacerse cualquier chileno es simple: ¿dónde está la plata?

La primera grieta aparece al comparar lo que aporta Codelco con lo que aportan las privadas. La empresa estatal produce alrededor del 28% del cobre chileno. Las mineras privadas producen el 72% restante. Sin embargo, Codelco aporta al fisco cerca del 75% de los ingresos tributarios del sector, mientras las privadas apenas contribuyen con un 25%.

La asimetría es brutal: las privadas producen más del doble que Codelco, pero tributan menos de la mitad. En números concretos, Codelco aporta unos 10 mil millones de dólares anuales al Estado; las privadas, alrededor de 2.500 millones [\[7\]](#).

Esa diferencia es el primer indicio del saqueo, pero apenas la superficie. El economista Héctor Vega Tapia, miembro del Comité de Defensa del Cobre, documentó el mecanismo con datos de Aduanas. En 2023, el análisis de cuatro grandes mineras —Escondida, Pelambres, Collahuasi y Teck CDA— reveló una subfacturación de 4.700

millones de dólares. En 2024, para cinco grandes mineras, la cifra ascendió a 6.400 millones [\[8\]](#) .

Las empresas declaran un valor menor al que realmente exportan. La diferencia se la llevan sin pagar impuestos, sin royalty, sin que el Estado vea un peso. Esa es la capa visible del saqueo. Bajo la superficie, sin embargo, hay mucho más.

El concentrado de cobre que sale por los puertos chilenos contiene aproximadamente un 30% de cobre. El otro 70% está compuesto por otros minerales: oro, plata, molibdeno, paladio, platino y otros 22 metales críticos y 24 tierras raras. Todos estratégicos para la industria tecnológica y bélica del mundo. Todos viajan sin declarar, sin pagar impuestos, sin que nadie los contabilice.

El doctor en química Juan Camus Arancibia, ex decano de Ciencias Naturales de la Universidad de Playa Ancha, lo documentó en su estudio Los concentrados de cobre: un tema en discusión permanente. Demostró que el valor de las "impurezas" que no se declaran puede ser casi 50 veces superior al del cobre declarado [\[9\]](#) .

Las mineras transnacionales, en lugar de declarar estos subproductos, los consideran "no pagables" en los contratos. El Estado no los fiscaliza porque no hay espectrómetros en los puertos —equipos que cuestan 60 mil dólares cada uno, 300 mil para los cinco puertos principales [\[10\]](#)—. La riqueza se va por el caño sin que nadie la mida.

El saqueo, además, no se limita a lo que no se declara. También se extiende a lo que no se industrializa. Chile exporta concentrado en bruto, materia prima sin procesar. El valor agregado —fundir, refinar, transformar el cobre en aleaciones— se lo llevan otros países.

El saqueo del cobre sigue la misma regla de todo el comercio global: nosotros producimos, otros capturan el valor. Ningún país rico se hizo rico exportando materia prima sin procesar. Se hicieron ricos controlando las patentes, las marcas, el financiamiento y la tecnología —las partes de la cadena donde realmente se concentra la plata. Chile pone el cobre en bruto. Estados Unidos se queda con la patente del

proceso que lo transforma. Londres financia la operación y cobra intereses. Europa le pone una marca al producto final y vende diez veces más caro lo que salió de nuestra tierra. El desarrollo no se mide por cuánto exportas: se mide por quién se queda con el excedente. Y en Chile, el excedente se lo llevan otros.

En 2020, Suiza vendió aleaciones de cobre a Alemania a US\$24 el kilo; Chile vendió el suyo a US\$3,80 la libra, es decir, unos US\$8,40 el kilo [\[11\]](#). La diferencia es el valor agregado que Chile regala. La planta Aurubis de Hamburgo, en plena ciudad, procesa 2,5 millones de toneladas de concentrado al año, principalmente desde Chile. Opera en un sistema cerrado, sin contaminar, y captura el valor de todos los subproductos. Si Chile fundiera y refinara en el país, el panorama fiscal sería otro. Pero no lo hacemos. Falta voluntad política, no cobre.

El doctor Juan Camus valorizó todos estos componentes —la subfacturación, los subproductos ocultos, la pérdida por no industrializar— y llegó a una cifra conservadora.

Jorge Lavandero la repitió durante años: Chile pierde al menos 140 mil millones de dólares anuales [\[12\]](#) . Es una estimación mínima, porque muchos de los minerales estratégicos que salen sin declarar ni siquiera se contabilizan.

Para dimensionar esa cifra: 140 mil millones divididos en 365 días son 383 millones de dólares diarios. La Teletón chilena recauda, en su mejor año, alrededor de 35 millones de dólares. Eso significa que el saqueo del cobre equivale a 10 Teletones diarias. Cada día. 365 días al año. Década tras década.

Para ponerlo en perspectiva: 140 mil millones de dólares es aproximadamente el 40% del PIB anual de Chile. Es 1,5 veces el presupuesto nacional. Es más de lo que el Estado gasta en salud, educación y vivienda pública en todo un año combinado. Jorge Lavandero lo dice sin vueltas: "Con esa plata podríamos resolver los problemas de vivienda, salud, educación y previsión para todos los chilenos, y nos sobrarían cien mil millones de dólares para iniciar la industrialización del país."

Podríamos hacer el tren de alta velocidad entre La Serena y Puerto Montt que prometió un presidente y nos sobraría plata. Podríamos construir hospitales, escuelas, viviendas sociales, centros de investigación, plantas de refinación. Podríamos dejar de ser una factoría y convertirnos en un país industrial. Podríamos financiar el desarrollo sin endeudarnos, sin depender del FMI, sin pedir permiso. Podríamos, por fin, ser dueños de nuestro destino. Pero no lo hacemos.

La hacienda: el modelo que no se rompe

Chile sigue siendo un país de inquilinos. El 80% de las familias chilenas ya no tiene ninguna posibilidad real de comprar una vivienda propia. El sistema prefiere ciudadanos arrendatarios: sin propiedad, sin lazos comunitarios, sin capacidad de rebelión. Al sistema le acomoda un país de inquilinos.

La pirámide no se ha movido. Arriba, el dueño del fundo. Abajo, el inquilino. Entremedio, los capataces que han cambiado de nombre — gerentes, parlamentarios, economistas— pero cumplen la misma función: contener al de abajo para que el de arriba siga tranquilo.

La hacienda no solo producía riqueza. Producía un tipo de hombre: el inquilino dócil, el capataz leal, el mediero ilusionado. Era una máquina de selección negativa: un mecanismo que, en lugar de promover a los más aptos o virtuosos, seleccionaba y premiaba a los más dóciles, los más ignorantes, los más serviles. El sistema no castigaba la rebeldía solo con la represión; la prevenía amputando la inteligencia y la memoria.

En los libros de contabilidad de la Hacienda Quilpué, propiedad de la familia Ross de Edwards, correspondientes al año 1892, el mecanismo se ve con crudeza. Mientras la planilla completa de sueldos de los más de mil peones sumaba 1.900 pesos mensuales, el administrador retiraba hasta 2.500 pesos bajo el concepto de "gastos electorales". Ese dinero se

entregaba directamente a operadores políticos locales para comprar votos, acarrear peones y asegurar que el Congreso respondiera a los intereses del latifundio.

La hacienda no solo explotaba: compraba el Estado. Y lo compraba con el sudor de los mismos a los que explotaba. Ese mecanismo — extraer riqueza del trabajo y reciclarla en control político— no ha desaparecido. Solo se ha sofisticado.

Si hay un apellido que resume esa continuidad entre el latifundio, la banca y la prensa, ese es el de los Edwards. Para entender cómo funciona ese mecanismo hasta hoy, basta con mirar a la familia que fundó el principal periódico del país.

El pirata inglés George Edwards Brown no llegó a Chile a fundar una república: llegó a saquear, se enamoró y se quedó a estafar [\[13\]](#) . El barco pirata Blackhouse —Casa Negra— lo trajo desde las costas del Pacífico, pero pronto cambió el abordaje por la usura y el monopolio.

Fue diputado por Huasco, Vallenar y alrededores, pero nunca concurrió a la Cámara legislativa. Prefería la explotación de los pirquineros, la estafa y la usura: compraba mineral a los mineros por provisiones, luego por herramientas, hasta comprarles el trabajo entero y hacerlos caer en la trampa del endeudamiento. Así sentó las bases de lo que sería la Banca Edwards.

Su hijo, José Agustín, no inventó el método: lo institucionalizó. Convirtió ese mecanismo de endeudamiento artesanal en una banca formal, y con ella endeudó a Chile entero para su propio beneficio. En 1879, compró El Mercurio. No para informar. Para hacer prosperar su ideología de mercado y proteger sus negocios. Los Edwards no eran la vieja aristocracia terrateniente que añoraba el poncho y la chupalla. Eran burguesía mercantil, banqueros con ropaje feudal. Su negocio no era la tierra por la tierra, sino el crédito, la banca, la prensa y el control del Estado.

En 1892, las propiedades agrícolas de la familia sumaban un avalúo de 5,2 millones de pesos —

tres veces el presupuesto entero de la municipalidad de Valparaíso [\[14\]](#) . El palacio italiano y los parques de paisajistas europeos en la Hacienda Quilpué no eran caprichos: eran la fachada de un imperio financiero que extraía su liquidez del trabajo de los inquilinos.

En 1891, con dineros de los amos del salitre — Edwards, North, Ossa— financiaron el derrocamiento de Balmaceda. El presidente quería usar el salitre para el país; los Edwards querían limitar la exportación para mantener los precios altos.

En 1973, Agustín Edwards Eastman instigó el golpe contra Allende. Huyó a Estados Unidos y desde ahí orquestó el plan, usando El Mercurio para mentir y apoyar la dictadura [\[15\]](#) .

La transición no fue un quiebre. Fue un pacto: Edwards fue protegido. Ricardo Lagos, que denunciaba su poder en los años 70, al llegar a la presidencia lo trató con guante de seda.

La hacienda operaba con una lógica que Karl Marx llamó "acumulación originaria

permanente": casi sin inversión monetaria. Nadie compraba la tierra. La mano de obra se pagaba cediendo el uso precario de pequeñas parcelas y raciones de comida. Los dueños obtenían liquidez inmediata vendiendo ganado, madera, leña y carbón: recursos naturales sobre los cuales no habían hecho ninguna inversión.

La élite chilena operaba con una doble cara: en las ciudades hacía negocios capitalistas avanzados, pero financiaba esos riesgos con la liquidez segura que extraía del campo feudal.

Tancredo Pinochet Lebrun no se quedó en los libros. En 1917, junto a un socio, se disfrazó de peón gañán y se infiltró en la hacienda Camarico, propiedad del Presidente de la República, Juan Luis Sanfuentes. Durante semanas, vivió en carne propia las condiciones que pretendía denunciar.

Su informe, publicado como una serie de cartas sucesivas tituladas "Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia" en su periódico La Opinión, es un documento que todavía duele leer [\[16\]](#) .

Describió las casas de los inquilinos: dormitorios oscuros sin ventilación, suelos de tierra, toda la familia en promiscuidad. La dieta diaria: un pan al desayuno, un plato de porotos con mote sin grasa ni carne al almuerzo, otro pan al concluir el día. Trabajo de sol a sol. Al final, muchos se tiraban sobre un montón de paja a la intemperie y se levantaban sin lavarse a repetir el ciclo.

El fundo también les daba vino, como parte del pago o la costumbre. José Bengoa lo documentó: como la comida básica estaba asegurada, el poco dinero que el inquilino recibía se iba casi todo a la bebida —no había otra forma de entretención. El trago no era un vicio aparte: era la única válvula para aguantar el ciclo completo [\[17\]](#) . El sistema no solo toleraba el alcoholismo. Lo necesitaba.

Lo más brutal no era la precariedad ni el alcoholismo. Era la supresión deliberada de la inteligencia. Cuando 32 inquilinos pidieron clases nocturnas a la maestra, ofreciendo pagar de su propio bolsillo, el administrador las prohibió. Detrás de esa prohibición no había

capricho, sino un mecanismo más profundo: selección social negativa. El sistema no solo explotaba el cuerpo, también amputaba la mente. La inteligencia del inquilino era una amenaza para el orden de la hacienda. La ignorancia, en cambio, garantizaba la sumisión.

La vaca no cuestionaba los límites del fundo; el inquilino tampoco debía hacerlo. Por eso mejoraban la raza del ganado mientras mantenían al hombre en la ignorancia. La ironía más amarga de su investigación fue constatar que, en la hacienda del Presidente, el ganado recibía mejores cuidados que los seres humanos empleados en sus tierras [\[18\]](#) .

El contraste era arquitectónico y biológico a la vez, y ambos igual de brutales. En la Hacienda Quilpué, el palacio italiano y los parques de paisajistas europeos se levantaban a pocos metros de los ranchos de quincha, barro y paja donde se hacinaban los inquilinos. La distancia no se medía en metros, sino en siglos.

Pinochet Lebrun lo resumió con una frase que debería estar grabada en la entrada de cada

escuela pública del país: "¿Puede una vaca ser liberal o democrática, Excelentísimo Señor? ¿Puede un inquilino chileno tener ideas políticas? El noventa por ciento de la población de Chile no es nada, es una recua de animales."

Ante la presión de las cartas publicadas, el presidente Sanfuentes se comunicó con Pinochet para invitarlo a La Moneda y conversar personalmente.

La respuesta de Pinochet fue una lección de dignidad periodística: rechazó la invitación y le dijo que, como periodista, su medio de expresión eran los diarios. Si el Presidente quería decirle algo, que le enviara una carta para que él pudiera publicarla y todos pudieran leerla. El poder quería silenciarlo en privado; él lo enfrentó en público.

El Estado chileno, pese a lo que repiten los manuales escolares, no nació de la libre voluntad de los pueblos, sino de la traición y el derramamiento de sangre. La historia de esa fundación violenta se cuenta a continuación.

En Ochagavía (1829), el general Lastra, del bando liberal, acorraló a las tropas conservadoras de Prieto. Pero actuando bajo una "ética de paz", suspendió el fuego para evitar una masacre entre compatriotas. La respuesta de la élite mercantil fue la traición: Prieto tendió una emboscada. El primer aviso de que la fronda conservadora no respetaría ninguna regla que pusiera en juego sus intereses de propiedad.

En Lircay (1830), Ramón Freire confió en cartas de oficiales conservadores que le prometían desertar. Eran una trampa. Su ejército fue masacrado. Prieto ordenó no dar cuartel: más de 600 muertos. El coronel inglés Guillermo Tupper, ya rendido, fue asesinado a hachazos.

Diego Portales lo resumió con una honestidad brutal: la Constitución es "una señora a la que hay que violar tantas veces como sea necesario". El Estado chileno no se fundó sobre el Estado de Derecho. Se fundó sobre la fuerza fáctica de los fusiles y la desvergüenza de la secretaría.

Los vencedores de Lircay, con la pluma de historiadores oficiales como Diego Barros Arana, limpiaron el fango. Borraron la vileza, el saqueo, las traiciones. Instalaron la idea de que el régimen nació de la "libre voluntad de los pueblos". Alberto Edwards lo dijo sin eufemismos: el Estado chileno es "una creación artificial de la oligarquía, impuesta por la fuerza y mantenida por el miedo" [\[19\]](#) .

Esa mentira fundacional sigue operando hoy. Los roles de la hacienda no desaparecieron; cambiaron de ropa y de vocabulario. La élite política y los administradores descienden de los mayordomos y capataces. Su función es administrar la hacienda y contener al pueblo. El dueño nunca da la cara; para eso están los capataces.

La clase media de derecha desciende de los empleados de confianza. Han desarrollado una lealtad perruna hacia la administración. Tienen miedo de perder sus pequeños privilegios.

El emprendedor "libertario" es el heredero psicológico del mediero. Se cree socio del patrón porque le permiten vender en la puerta del fundo. Ignora que el poder fáctico sigue en las mismas manos.

La agroindustria de exportación es el latifundio refundado: los campesinos despojados en la Reforma Agraria terminaron endeudándose y vendiendo sus tierras a precio de liquidación.

El neoliberalismo, lejos de romper la lógica de la hacienda, la sofisticó. Ahora, en lugar del patrón con sombrero, tienes un Estado subsidiario que no garantiza derechos, sino que los mercantiliza.

El inquilino de ayer es el profesional con título y tarjeta de crédito de hoy. El peón de ayer es el trabajador de app de hoy. El capataz de ayer es el ejecutivo con AFP de hoy.

La matriz neoliberal diseñada por la élite en dictadura exige un sujeto hiperindividualista, activo y enfocado en el éxito futuro.

La desigualdad se justifica con la promesa de la meritocracia: si el éxito depende solo de tu esfuerzo, la pobreza es tu culpa. El modelo queda eximido de toda responsabilidad.

El drama es que esta promesa es una farsa. Las pruebas como el SIMCE demuestran que los resultados dependen del poder adquisitivo de los padres, no del mérito del alumno. El título universitario ya no garantiza estabilidad laboral. La educación ha dejado de ser movimiento y se ha convertido en analgésico: una dignidad artificial que pacifica el dolor de la desigualdad.

La estructura es la misma. Solo cambian los nombres.

Eso es el inquilinaje mental: la costumbre de buscar cobijo en la casa patronal antes que atreverse a construir un destino propio. Explica por qué comunas rurales y empobrecidas del Valle Central votan por los mismos apellidos de la oligarquía. Es el peso atávico del inquilino que no se atreve a romper la lealtad cultural con los dueños del suelo.

Ese inquilinaje mental no es folclor. Es el producto de siglos premiando la sumisión y castigando la rebeldía. Por eso el mediero, el despojado, termina siendo el defensor más feroz de una hacienda que no es suya. Aspirar a ser el administrador de la hacienda o negociar un mejor arriendo es quedarse dentro del juego. Romper esa lealtad y asumir que la tierra y el futuro nos pertenecen es cambiar de juego.

El Estado antes que la nación

Para entender por qué ese juego se armó así desde el principio, hay que ir a la raíz: cómo nació el Estado chileno. Mario Góngora lo documentó con precisión en su Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile: en otros países, la nación existió antes que el Estado. El Estado fue un instrumento del pueblo para organizarse. En Chile fue al revés.

La oligarquía creó un Estado a su medida, y luego ese Estado tuvo que inventar una nación

para legitimarse. Según Góngora, el Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin él, que la configuró durante los siglos XIX y XX [\[20\]](#) .

Esa élite siempre vio al pueblo como un estorbo. Pero el Estado no era una construcción sólida. Era, como dijo el propio Góngora, "una creación frágil, sin la trascendencia de las grandes monarquías europeas". Esa fragilidad, en Chile, nunca fue excusa para la democracia; fue la justificación permanente de la autoridad.

Diego Portales instauró lo que Isidoro Errázuriz llamó una "religión del Ejecutivo omnipotente". Pospuso la democracia, convencido de que Chile carecía de la "virtud republicana" necesaria para ella —así lo interpreta Góngora [\[21\]](#) . Domingo Santa María fue más explícito: "Entregar las urnas al rotaje y a la canalla... con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante" [\[22\]](#) . Ahí está, dicho sin vergüenza: el roto como amenaza, no como ciudadano.

José Manuel Balmaceda quiso usar el salitre para el bienestar del país: obras públicas, educación, desarrollo. Quería que Chile no fuera solo un proveedor de materias primas.

La plutocracia salitrera —banqueros, mineros, comerciantes extranjeros, la familia Edwards, John North— lo derribó en 1891, capturó el Estado que Portales había construido y lo puso al servicio de sus intereses. Fue una guerra que, según reconocieron hasta los propios balmacedistas, el pueblo no entendía ni tomaba a pecho: una disputa entre ricos, ajena a los intereses del roto [\[23\]](#) . El periodo parlamentario que siguió fue una "anarquía de salón", una "paz veneciana" donde la política se convirtió en inercia y la moral pública en ficción.

El libreto se repitió cada vez que el pueblo intentó tomar el control de su destino: la República Socialista de Grove, Dávila y Merino fue derribada en días en 1932; la Unidad Popular y la nacionalización del cobre fueron bombardeadas en 1973, y el proyecto soberanista sepultado. La misma alianza de

siempre: oligarquía local, intereses extranjeros, prensa y fusiles.

El roto nunca ha sido invitado a la mesa. La élite siempre lo ha mirado con desprecio. No como un igual, sino como un animal de carga.

Joaquín Edwards Bello escribió una novela llamada El Roto [\[24\]](#) . Describe la miseria desde el balcón: el barrio de la Estación Central, el conventillo, el prostíbulo, el alcoholismo, la sífilis. Es un retrato valioso para su época, pero limitado. El roto aparece como víctima de su entorno, sin salida. Es la mirada de un Edwards, no la voz del que está en el barro. La dicotomía que plantea —el roto contra el pije— es real, pero la retrata desde la clase que siempre ha mandado.

Esa es la diferencia entre el nacionalismo oligárquico y el nacionalismo popular. El primero defiende los intereses del fundo, usa la patria como escudo y la bandera como herramienta de control. El segundo es el de los que no tienen nada más que su tierra y su memoria. El que ha

sido excluido de la historia oficial pero ha sostenido el país con sus manos.

CAPÍTULO 2: EL SUJETO QUE LA HISTORIA OMITIÓ

De la burla al arquetipo

Diego de Almagro fue el primer roto de Chile. El primero en emprender la aventura de estas tierras y volver quebrado por la geografía y el desengaño. Cuando regresó de la expedición, en 1537, lo hizo con la ropa hecha trizas, los huesos marcados por el hambre, la cara curtida por el desierto y la derrota [\[25\]](#) .

Las crónicas de la época coinciden: los supervivientes marchaban sin pertrechos, con las armaduras oxidadas y sus vestimentas europeas reducidas a puros harapos. Era un contraste tan brutal entre la arrogancia con que

partieron y la miseria con que volvían, que quienes los vieron en el Perú empezaron a llamarlos, con desprecio, "los rotos de Chile".

Hay un detalle que las crónicas notariales registran y que redondea la figura de Almagro. Sabiendo que sus hombres estaban arruinados —la mayoría se había endeudado con él—, el Adelantado mandó traer los documentos de deuda y los rompió frente a todos. Asumió la quiebra de la empresa y liberó a sus soldados [\[26\]](#) . Ese gesto selló una lealtad casi mesiánica hacia él. Los "rotos de Chile" no eran solo andrajosos; eran un grupo humano que había sido quebrado por la historia y que, sin embargo, volvía.

No era insulto étnico ni racial. Era una constatación visual: venían quebrados.

La palabra tiene una densidad que pocas veces se explora. "Roto" en español no significa solo "andrajoso". Significa algo más profundo en el orden del ser. Del latín *ruptus*, participio de *rumpere* —romper, quebrar, interrumpir. El roto es el que ha sido partido, el que ha pasado por una

fractura. No es un término de clase. Es más profundo: tiene que ver con quién eres, no con cuánto tienes.

En la tradición guerrera, el que está roto es el vencido que no se da por derrotado. El que vuelve a levantarse. El roto chileno no es el andrajoso: es el fracturado por la historia, la pobreza, la guerra, que sigue en pie.

Andrés Sabella disputa este origen. Para él, el verdadero primer roto no fue Almagro sino Pedro de Valdivia, que emprendió la conquista definitiva en 1540 y, tras la destrucción de Santiago en 1541, sobrevivió con sus hombres vistiendo cueros de perros y comiendo raíces, para quedarse y poblar. Sabella lo dijo con una frase: "el primer roto que le puso el hombro a una tarea de patria" [\[27\]](#) . Puede que el roto no tenga un solo padre. Puede que sea Almagro, que rompió las deudas y volvió quebrado; y también Valdivia, que se quedó a reconstruir con cueros de perro sobre los hombros. Dos formas del mismo gesto: quebrarse y no irse.

En el Chile colonial, el término se fue desplazando hacia los márgenes sociales. Diego Barros Arana escribió que el roto era "sinónimo de plebe", perteneciente a "las clases inferiores constituidas por los mestizos, cuya condición era miserable" [\[28\]](#) . Pero bajo ese desprecio de clase se escondía otra verdad: el roto era el sujeto que no encajaba en el orden colonial. No era español. No era indígena puro. No era blanco ni reconocido. Era el resultado del choque, el que nació sin lugar en el sistema de castas.

La tradición guerrera que viene de antes

El roto viene de una tradición más antigua que la república. Hereda una cultura de guerra que ya estaba aquí cuando los españoles llegaron.

El general Indalicio Téllez lo documentó con precisión: los araucanos no eran una tribu valiente pero desorganizada. Eran una "raza militar". Pero el término, en su pluma, aludía a una "segunda naturaleza" forjada por siglos de

guerra y una dedicación exclusiva al estudio y la práctica del combate, no a un rasgo de sangre.

Desde los trece años, los jóvenes se ejercitaban en el manejo de las armas y en juegos atléticos como el linao y la chueca, que no eran meros entretenimientos: tenían reglas estrictas, árbitro y una organización acabada, porque eran, en el fondo, preparación para la guerra.

La diferencia con otros pueblos nativos americanos era radical. Aztecas e incas, ante el cañón y el caballo, sintieron temor supersticioso; los araucanos se abalanzaron sobre ellos para dominarlos y usarlos contra sus dueños.

Los españoles, en sus crónicas, dejaron testimonio de aquella capacidad de asimilación. Góngora de Marmolejo documentó el uso de corazas, la invención del lazo —que llamó "invención diabólica"— y los escudos de cuero con que detenían la caballería. Diego Rosales describió a los indios manejando arcabuces con destreza.

Pedro de Valdivia, en sus cartas al Rey, habló del "ímpetu y tesón de gente" que no había visto en otras naciones. Un cronista anónimo, asombrado, comparó su disciplina en combate con la de los soldados alemanes más expertos [\[29\]](#) .

Lautaro fue el catalizador de esa evolución. Bajo su mando, los araucanos aprendieron a pelear como sus enemigos —arcabuces, caballos, artillería— y lo usaron en su contra. No fue improvisación: fue una cultura de guerra perfeccionada durante siglos.

El roto chileno es heredero de esa tradición. La herencia no es genética en el sentido del carácter, pero sí lo es en el sentido del origen.

El chileno promedio es un mosaico de 52% de ascendencia europea y 44% indígena, pero la herencia no fue simétrica. El 80% del ADN paterno (cromosoma Y) es europeo, mientras que el 84% del ADN mitocondrial —heredado solo de la madre— es amerindio [\[30\]](#) .

Los conquistadores fueron hombres; las madres de la nación fueron mujeres mapuche.

Esa es la base biológica del mestizaje chileno: dice algo sobre qué pueblo se fusionó para crear al roto, no sobre quién hereda coraje o instinto de combate.

Instructores alemanes y rusos, décadas después, admirarían la capacidad militar del soldado chileno. La guerra, durante generaciones, había sido el oficio de su tierra; el roto aprendió en el único oficio que el país le ofreció.

Lautaro: el primer genio militar del territorio

Lautaro fue el primer gran estratega de este territorio. Y era un roto.

Sin formación militar europea, sin haber leído los clásicos, superó en táctica y estrategia a los capitanes más experimentados de España. La comparación con los grandes generales de la

historia es inevitable: Alejandro Magno, Aníbal, Julio César —todos ellos mandaban los mejores ejércitos de su época, contaban con tecnología superior o igual al enemigo, y habían recibido una formación militar rigurosa.

Lautaro, en cambio, creó un ejército desde una masa desorganizada, enfrentó tecnología superior con armas primitivas, y fue un creador absoluto de nuevos sistemas y armas.

Su ventaja no fue el azar. Lautaro había sido yanacona —indio de servicio— de Pedro de Valdivia. Sirvió como paje, observó de cerca la disciplina, las flaquezas y las tácticas europeas.

Alonso de Ercilla, soldado y poeta que llegó a Chile en 1557, lo retrató en La Araucana como un joven que, desde la servidumbre, aprendió las tácticas del enemigo y luego las usó contra él: "Hijo de un Cacique conocido, que a Valdivia de paje le servía... del amor de su patria conmovido".

Ercilla, que era un soldado y no un filósofo, entendió que Lautaro no combatía por

superstición ni por furia: combatía con la certeza de que conocía al enemigo mejor que el enemigo se conocía a sí mismo.

Sus innovaciones fueron revolucionarias. Fraccionó el ejército en escuadrones sucesivos para agotar a los españoles y sus caballos, sin darles tiempo de descansar.

Elegía campos de batalla donde la caballería enemiga no pudiera maniobrar: pantanos, fosos, terrenos quebrados. Armó un sistema de espionaje eficiente. Inventó el lazo para derribar jinetes y el garrote para golpear caballos. Construyó fuertes con defensa a retaguardia — ideas de fortificación que Europa recién formalizaría después.

Pero lo más notable fue su racionalidad. Mientras otros caciques araucanos consultaban agüeros y hechiceros antes de la batalla, Lautaro confiaba en la disciplina y el orden.

Ercilla describe el ethos militar araucano como una confianza en la fuerza y el ánimo antes que en los presagios: "el agüero alegre o triste en la

fuerza y el ánimo consiste". Lautaro llevó esa idea al extremo, imponiendo una disciplina férrea: el que abandonaba su puesto era empalado sin juicio; el que se dormía de cansancio, colgado entre dos picas [\[31\]](#) .

Sustituyó la fe en el destino por la obediencia al orden, y con eso transformó al Estado Araucano de una resistencia desesperada a una ofensiva estratégica.

En Tucapel (1553), Lautaro derrotó a Pedro de Valdivia y aniquiló todo su contingente. Fue la primera derrota definitiva de los españoles en América, con el gobernador y todos sus hombres muertos en el campo.

Tras la victoria, los araucanos capturaron caballos, piezas de artillería y municiones. Lautaro los adiestró y gobernó con disciplina férrea. Llegó a presentar ante los españoles una lucida escuadra de caballo formada por sus hombres, transformando a un pueblo sin tradición ecuestre en una fuerza montada en menos de un año.

En Marigüenu (1554), derrotó a Francisco de Villagra utilizando lazos para capturar artillería y obstruyendo los caminos de retirada.

La estirpe de Lautaro no se extinguió con su muerte. Janequeo lideró ataques contra los españoles tras la ejecución de su esposo, demostrando una audacia increíble en el asalto a fortalezas. Cadequala implementó una disciplina rigurosa, incluyendo guardias y contraseñas al estilo europeo. Lientur logró victorias incluso en inferioridad numérica. Paillamacu alternó la diplomacia con la guerra. Lautaro pertenece al linaje de los grandes estrategas de la historia. Y estaba roto. Esta es la estirpe del roto chileno.

Yungay: el bautizo del mito

Esa estirpe guerrera no se quedó en la Araucanía del siglo XVI. Casi trescientos años después, volvió a aparecer — esta vez con el nombre de 'roto' ya puesto.

El 20 de enero de 1839, el Ejército Unido Restaurador —compuesto en su mayoría por reclutas campesinos de los valles centrales— derrotó a la Confederación Perú-Boliviana en la batalla de Yungay.

De los más de 4 mil chilenos que combatieron, la mayoría eran peones gañanes, sin instrucción militar, mal alimentados, mal vestidos. Y sin embargo, ganaron. Esa victoria popular fue el origen del mito.

La batalla de Yungay se libró en un terreno de cerros. El cerro Pan de Azúcar era la posición clave: quien lo dominaba, dominaba el campo. Los chilenos llevaban horas combatiendo, las bajas eran numerosas, y la moral empezaba a flaquear.

En ese momento apareció Candelaria Pérez: hija de un artesano, analfabeta, empleada doméstica enrolada como cantinera del Batallón Carampangue. Tomó el fusil de un soldado caído y se lanzó cuesta arriba, arengando a los que dudaban. Su carga rompió la resistencia

peruano-boliviana y permitió la toma de la posición. Su valentía le valió el grado de sargento y, posteriormente, subteniente, convirtiéndola en la primera mujer con rango militar documentado en el Ejército de Chile [\[32\]](#) .

Pero esa entrega no nacía del heroísmo puro. Nacía de no tener otra salida. El Estado exigía el sacrificio máximo en la guerra, y en tiempos de paz devolvía a esos veteranos al abandono total. Candelaria Pérez, la gran heroína popular, murió en la indigencia en 1870. Al roto que Yungay convirtió en mito, la patria lo dejó morir de hambre.

La Guerra del Pacífico y la Esparta Americana

Antes del 21 de mayo de 1879, el roto chileno no estaba ni ahí con la guerra en el norte. La Guerra del Pacífico era, para los sectores populares, un asunto lejano, una disputa entre élites por territorios que no les decían nada. El ejército

profesional contaba con apenas 3.000 hombres; el resto del país miraba hacia otro lado.

Eso cambió en Iquique. Cuando Arturo Prat, capitán de la corbeta Esmeralda, decidió abordar el monitor Huáscar y murió en la cubierta del buque enemigo, su sacrificio tuvo un efecto que ningún general había logrado. No ganó la batalla —la Esmeralda se hundió— pero su gesto encendió algo en la población.

Benjamín Vicuña Mackenna, observador agudo de la época, notó que en las parroquias de Santiago comenzaron a multiplicarse los bautizos de niños llamados Arturo y Esmeralda; incluso a una niña le pusieron "Artura" [\[33\]](#) .

El pueblo, los periodistas y los escritores aclamaron su heroísmo en las calles, la prensa y la literatura. La muerte de Prat tocó algo que ningún decreto del Estado había logrado despertar.

Ese fue el germen del nacionalismo popular. La guerra, que hasta entonces había sido un asunto de la élite, se transformó en una causa del

pueblo. La muerte de Prat movilizó a la sociedad civil: jóvenes estudiantes, campesinos, artesanos, todos comenzaron a enrolarse.

En el clímax del conflicto, se movilizaron aproximadamente 140.000 ciudadanos. La guerra involucró a toda la estructura social: mujeres, niños, curas y logística civil. Los sectores populares se sintieron dueños del éxito bélico.

La comparación con Esparta —capacidad guerrera, frugalidad, respeto por las leyes— se popularizó después de la muerte de Prat.

La prensa de la época, en plena campaña terrestre, comenzó a hablar de Chile como la "nueva Esparta del Pacífico".

Un boletín oficial del 15 de junio de 1879, a apenas tres semanas del combate de Iquique, ya utilizaba la expresión "nuestra amada patria, la nueva Esparta del Pacífico" [\[34\]](#) .

Otro boletín, en vísperas de Moquegua, fue más lejos: dijo que el heroísmo chileno superaba al

de los propios mitos griegos —y esta vez incluía a las mujeres en esa épica.

La frase de Gabriela Mistral vino a sellar el mito décadas después: "Es hermosa nuestra historia, y para dar en una narración a nuestros hijos la llamarada del heroísmo, no necesitamos recurrir ni a Grecia, ni Roma, si Prat fue toda Esparta" [\[35\]](#) .

El nacionalismo popular chileno nació desde abajo, no desde un decreto: en los mausoleos que las comunidades levantaron para sus veteranos, en las calles que los vecinos bautizaron con sus héroes, en los niños que llamaron Arturo a sus hijos.

Los héroes de carne y hueso

Basta con hurgar en los archivos de la Guerra del Pacífico para encontrar nombres que la historia oficial no se tomó el trabajo de memorizar.

Juan Portilla se enroló voluntario en el Batallón Atacama a los 17 años. En la Batalla de San Francisco, recibió cinco balazos: uno en la mano, dos en las costillas, uno que le partió la mandíbula y otro que le entró por la boca y salió por el ojo. Llevó parche el resto de su vida. Desde el hospital de sangre de La Serena, con el cuerpo destrozado, le escribió a su capitán: "Yo creo que si sano me volveré a ir con usted". Fue dado de baja. Terminó en Valparaíso, viviendo de forma anónima hasta 1933 [\[36\]](#) . Cinco balazos por la patria. Un olvido de casi cincuenta años a cambio.

Otro caso, menos conocido pero igual de tremendo, es el de Arturo Villarroel Garezón, el "Capitán Dinamita". Había viajado por China, Estados Unidos y Europa. Aprendió sobre pólvora y explosivos. En la guerra, desactivó minas y torpedos peruanos en Arica, Chorrillos y Lima. En la Batalla de Miraflores, una mina enemiga le destrozó una pierna. Fue amputada. En su vida civil fue generoso: fundó el Cuerpo de Bomberos de Santiago. El pueblo lo vitoreó

como el 'Capitán Dinamita'. Murió en la pobreza y el olvido en 1907 [\[37\]](#) .

Y luego está José Miguel Varela, quizás el más emblemático de todos. Quedó huérfano de padre y madre siendo niño. Lo que otros heredaron en apellido y fortuna, él tuvo que construirlo con estudio: egresó de Derecho en 1878 y, al año siguiente, recién titulado, se enroló como voluntario. A su alrededor, médicos, artesanos, mineros y campesinos hacían lo mismo. Varela cargó con el sable en la Batalla del Campo de la Alianza. Antes, el miedo: taquicardia, garganta seca. Después, la orden de cargar, el galope levantando polvo, el sable en alto —y el chivateo brotando solo, sin permiso, desde el pecho. Ese grito gutural que la caballería chilena había heredado de los mapuches en las campañas de Arauco. El grito de guerra araucano, ahora en la garganta de un abogado penquista, degollando bolivianos bajo el sol del desierto.

Varela, sin embargo, no fue solo un héroe del Pacífico. Estuvo en las tres guerras que el Estado chileno libró en el último tercio del siglo

XIX: la del salitre, la mal llamada "Pacificación de la Araucanía" y la Guerra Civil de 1891. En todas, el roto fue carne de cañón. En la Araucanía, el mismo soldado que había derrotado a peruanos y bolivianos se convirtió en el brazo armado que le arrebató la tierra a los mapuches —una guerra que la oligarquía llamó 'pacificación' y que fue, en los hechos, un despojo. El roto, heredero de Lautaro, terminó marchando contra su propia sangre.

En el 91, el roto volvió a ser usado, esta vez en una guerra entre bandos de la misma élite por el control del Estado —una disputa entre "futres", como la llamó el propio Varela. Tras la derrota de Balmaceda, Varela fue gravemente herido en la Batalla de Placilla y sobrevivió de milagro. Pasó dos años escondido, perseguido por las fuerzas vencedoras, hasta que la amnistía de 1893 le permitió salir de la clandestinidad [\[38\]](#) .



Portilla, Villarroel, Varela: tres nombres sacados del polvo de los archivos.

Pero fueron miles. El carretonero, el trotamundos, el abogado. El Estado los usó, los aplaudió y después los olvidó. No necesitan bronce. Que nosotros digamos sus nombres es el único monumento que les queda.

El pago del Estado

Cuando el roto chileno volvía de la guerra, la patria le daba la espalda. El roto que puso el cuerpo en Yungay, en la Guerra del Pacífico, en el desierto, no recibió tierras, ni pensiones, ni reconocimiento. Recibió el olvido.

La burocracia estatal, diseñada para desgastar al solicitante, les exigía probar su participación en cada batalla y conseguir testigos. Los que persistían se enfrentaban a la negativa sistemática de las autoridades. Varela, a pesar de su rango, tuvo que pelear por décadas por el reconocimiento de su servicio. Portilla, el soldado de los cinco balazos, terminó anónimo en Valparaíso. El Capitán Dinamita, el héroe que el pueblo vitoreó, murió en la pobreza en 1907.

Los veteranos mendigaban sueldos impagos y derechos a pensiones que nunca llegaban. La prensa de la época documentó las colas de exsoldados mutilados en las oficinas de pensiones, esperando horas para que un funcionario les dijera que les faltaba un papel. Portilla y el Capitán Dinamita no fueron excepciones. Fueron la regla. El olvido no fue solo material. También fue simbólico.

El 7 de octubre de 1888, durante el gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda, se inauguró el monumento al roto chileno en la Plaza Yungay de Santiago. Fue obra del escultor Virginio Arias,

quien había creado la pieza durante sus estudios en París con el título original de "Héroe del Pacífico".

La placa dice: "Chile agradecido de sus hijos por sus virtudes cívicas i guerreras". No menciona al "roto" por su nombre. Pero el pueblo lo bautizó así, y el nombre se quedó. Al año siguiente, Balmaceda instituyó por decreto el 20 de enero como el "Día del Roto Chileno".

Hay una ironía profunda en esto: Balmaceda, el presidente que años después sería derrocado por la oligarquía salitrera por querer usar el salitre para el bienestar del país, fue quien presidió la inauguración de la estatua al roto y quien declaró su día. El presidente que desafió a la élite fue el mismo que puso un monumento al hombre que la élite despreciaba. Pero el reconocimiento oficial no fue pago. El roto tenía estatua, pero no pensión. Tenía un día en el calendario, pero no una vida digna.

La estatua de bronce muestra a un joven musculoso, de actitud soberbia, con los pantalones y la camisa arremangados, descalzo,

empuñando un fusil y con un saco de trigo a sus pies. La miseria del roto fue representada como estoicismo marcial. El roto de bronce vigila la plaza para que el roto de carne y hueso no se levante contra el orden establecido.

Esa deuda sigue pendiente. Alguien tenía que ponerle nombre. El primero en intentarlo fue un médico que había visto la guerra de cerca.

El padre del nacionalismo chileno

Nicolás Palacios Navarro fue médico del ejército chileno durante la Guerra del Pacífico. No llegó a sus conclusiones sentado en una biblioteca. Las forjó en el campo de batalla, en las oficinas salitreras y en la dura vida del norte.

Vio con sus propios ojos cómo el roto —el mestizo andrajoso que la oligarquía despreciaba— era el que sostenía la línea, el que avanzaba bajo el fuego, el que moría sin quejarse.

En Raza Chilena (1904), Palacios sostuvo que el roto no era un residuo de la conquista ni la degeneración del mestizaje, como repetían las teorías raciales de la época, sino la fusión de dos linajes guerreros: el conquistador godo, belicoso y resistente, y el araucano, igualmente belicoso y patriarcal. De esa unión, decía Palacios, había nacido "una raza poderosa que marcaría el destino de Chile" [\[39\]](#) .

No repetía el esquema europeo de raza superior y raza inferior. Su tesis era más audaz: postulaba dos razas superiores —la goda y la araucana— y al roto como su heredero.

La élite chilena, en cambio, era para él producto de una selección social negativa: la misma que ya vimos operando en la hacienda.

Fue el primero en formular la tesis del origen gótico del conquistador español que vino a Chile —tesis que luego retomaría Francisco Antonio Encina en Nuestra inferioridad económica [\[40\]](#) .

Su obra le costó el desprecio de la oligarquía terrateniente y de la plutocracia del dinero. Lo trataron de loco y de agitador, lo marginaron socialmente y finalmente lo despojaron de su empleo.

Palacios se equivocó en muchas cosas. Su racismo cientificista, su rechazo al socialismo y su desprecio por la inmigración latina. Apoyó, además, al bando parlamentario en 1891 — con los años, hasta su propio entusiasmo por ese régimen fue decayendo.

Como obra, Raza Chilena carece de valor científico. Su fuerza no está en que sus tesis sean verdaderas. Está en que funcionó como mito fundacional: le dio al roto una estirpe y una dignidad que la oligarquía le negaba.

El historiador Hernán Godoy lo dijo con claridad: no importa tanto la validez de la tesis, sino su función: levantar la autoestima nacional en un momento en que el país se sentía copia barata de Europa [\[41\]](#) .

El propio hermano de Palacios, Senén, en el prólogo de la segunda edición de 1918, pareció intuirlo: habló de la obra como algo que iba más allá de la verdad histórica.

Un pueblo humillado necesita creer en su propia grandeza, aunque el relato que la sostenga sea discutible. Todos los pueblos tienen esos mitos. No son verdad en el sentido de los hechos. Son verdad en el sentido de la pertenencia.

La intuición central de Palacios era correcta: el roto no era un desecho. Era el sujeto que la oligarquía despreciaba y explotaba, pero que en los momentos decisivos de la historia —Yungay, la Guerra del Pacífico— aparecía para sostener el país con el cuerpo.

No está del todo claro si ese mito arraigó en el pueblo o solo en ciertas élites intelectuales. Pero sí está claro que alimentó el nacionalismo chileno durante décadas: el ibaismo, el grovismo, los nacionalismos de los años treinta, todos bebieron de esa fuente.

La imagen del roto como heredero de una estirpe guerrera se filtró en la cultura política, aunque muchos de los que la usaban no supieran de dónde venía.

Como señala el investigador Juan Bragassi Hurtado, su obra incidió políticamente desde los años treinta hasta los setenta, en los nacionalismos libertarios y en los frentes de liberación nacional de Iberoamérica, expresados en su propuesta del mestizo como "prototipo del ciudadano ideal". [\[42\]](#)

El roto no solo tenía carne. Palacios le dio una estirpe.

El historiador Mario Góngora lo documentó, como vimos: en Chile, el Estado antecedió a la nación.

La oligarquía creó un aparato de poder y después tuvo que inventar un relato que lo justificara. Fue un nacionalismo de salón, decretado desde arriba. Palacios hizo lo contrario: forjó la identidad del roto desde el

barro de la guerra, desde la sangre, desde la memoria de un pueblo que la élite había borrado del plano.

Un mito de origen que no salió de La Moneda ni de los manuales escolares. Salió de su propia carne. Por eso, aunque su ciencia fuera frágil, su intuición era profunda: el roto no necesitaba que el Estado lo reconociera para existir. Ya existía. Solo faltaba que lo supiera.

Palacios le dio al roto una estirpe. Otro hombre, de la misma generación, le iba a dar algo distinto: organización.

E l tipógrafo que forjó la conciencia obrera

La misma generación que produjo a Pinochet Lebrun, a Palacios y a los fundadores de la Unión Nacionalista —Edwards, Encina, Subercaseaux— tuvo en Luis Emilio Recabarren Serrano a su voz más radical [\[43\]](#) .

Tipógrafo de oficio, autodidacta, fundador del Partido Obrero Socialista en 1912 —que en 1922, al afiliarse a la Internacional Comunista, pasaría a llamarse Partido Comunista de Chile—, Recabarren no fue un intelectual de salón. Fue un organizador de masas que recorrió la pampa salitrera, los puertos y los talleres con la convicción de que la emancipación del pueblo debía ser también moral y cultural.

Para él, la ignorancia, el alcoholismo y la sumisión religiosa eran herramientas de dominación que había que combatir con prensa obrera, teatro proletario y educación popular.

Recabarren no solo denunció la explotación en la pampa. En 1910, en una conferencia en Rengo, puso cifras al saqueo: el salario real del peón —medido en peniques— era el mismo que en 1870, a pesar del boom salitrero. El capital suscrito en sociedades anónimas había saltado de 37 a 342 millones de pesos entre 1900 y 1905. El trabajador, nada.

Para Recabarren, la independencia de 1810 no liberó al pueblo: solo cambió de dueño. Los decretos de 1811 y 1818 lo probaban —la abolición de la esclavitud fue parcial, motivada por 'utilidad económica', no por humanidad [\[44\]](#) .

Recabarren había defendido a Pinochet Lebrun cuando fue destituido por su reportaje sobre la hacienda de Sanfuentes. Nicolás Palacios, por su parte, reconoció la valentía de Recabarren y polemizó con él a propósito de la Matanza de Santa María de Iquique. Mientras Palacios veía en el "roto" una raza traicionada por el capital extranjero, Recabarren leía la masacre como un crimen de clase.

Los tres —Pinochet, Palacios y Recabarren— compartían un diagnóstico común: la república oligárquica había fracasado y el pueblo debía tomar la palabra. Pero el camino de Recabarren fue el internacionalismo proletario.

Recabarren viajó a la Unión Soviética en 1922, entusiasmado con la Revolución. De vuelta en Chile escribió La Rusia obrera y campesina,

donde defendió el proceso soviético como un "laboratorio de experiencias sociales".

Pero el año 1924 fue políticamente devastador. El "Ruido de Sables" y el golpe militar que derrocó a Alessandri sumieron al movimiento obrero en un agudo reflujo. Sus proclamas revolucionarias no encontraron eco. Amplios sectores de la clase obrera se conformaron con las apresuradas leyes sociales que promulgaron los militares, y optaron por la desmovilización.

A la decepción política se sumó un colapso físico insalvable: décadas de agitación, prisiones y escritura incesante habían minado su sistema nervioso. Padeecía un principio de ceguera y cefaleas atroces que los biógrafos han atribuido a un posible tumor cerebral no diagnosticado.

Intentó quitarse la vida por primera vez a fines de agosto. El 19 de diciembre de 1924 lo consiguió, solo en su habitación, con un disparo en la sien.

Su muerte remeció al país entero. Miles de obreros, mineros, artesanos y tipógrafos

acompañaron su cortejo por las calles de Santiago: una multitud como Chile no había visto antes, ni siquiera en los funerales de sus presidentes. El hombre que nunca ocupó un cargo de gobierno tuvo la despedida más grande que la clase obrera chilena había dado jamás.

Su legado —los periódicos, los sindicatos, la estructura partidaria que dominaría la izquierda chilena durante todo el siglo XX— es parte de esa tradición subterránea que el soberanismo recupera. Recabarren es, en ese sentido, el padre del movimiento obrero chileno y un prócer protosoberanista: el primero en entender, con todas sus letras, que sin pueblo no hay nación, y sin conciencia no hay pueblo.

El roto como disposición del alma

El roto no es una clase social. Es una disposición del alma: la de quien se forja a sí mismo, con o sin herencia, con o sin apellido. La de quien sabe que el mundo no le debe nada y entiende que la vida se juega en la intemperie.

Esa disposición no se mide en títulos ni sueldos. Se mide en la capacidad de resistir cuando todo se viene abajo. En el que ha perdido todo y vuelve a empezar. Ser roto no es un destino. Es una elección que se hace cada día: la de no rendirse. La de no esperar que alguien venga a salvarte.

No es lo que tienes. Es lo que eres. Es una forma de estar vivo con los ojos abiertos.

Y también puede estar dormido. El que se cree clase media porque el sistema le vendió la etiqueta. Tiene título, tarjeta, Isapre, y se siente superior al que no tiene. Pero la intemperie no deja de ser intemperie porque uno tenga un cartón colgado en la pared. Sigue siendo roto. Solo que dormido.

Y no hay despierto que no haya estado dormido antes. Todos partimos creyéndonos otra cosa — clase media, meritócrata, distinto al de al lado— hasta que la vida nos quitó la venda.

Despertar la conciencia de roto es entender que la herida no es una vergüenza, sino el lugar desde donde se construye. Es mirar al lado y

reconocer en el otro roto a un igual, no a un rival. Es entender que la patria no se defiende con discursos, sino que se construye todos los días con manos callosas y espaldas dobladas. El que despierta deja de pedir permiso. Y empieza a caminar.

Pero caminar no basta si no se sabe contra qué se camina.

CAPÍTULO 3: EL ENEMIGO QUE NO SE VE

El globalismo no es una teoría conspirativa

El globalismo tiene documentos, agendas, cronogramas y actores concretos que se reúnen en foros públicos, publican declaraciones y firman tratados. Es una arquitectura de poder que se despliega a la vista de todos, pero que pocos se toman el tiempo de examinar.

Durante décadas, la palabra "conspiración" se ha usado como excusa para descalificar cualquier análisis crítico del poder global. Las élites

transnacionales aprovechan el fenómeno de la globalización —la interconexión creciente entre economías y sociedades— para profundizar su sistema de dominación.

Basta con señalar la existencia de redes de influencia transnacionales, de organismos multilaterales que condicionan políticas públicas, o de corporaciones tecnológicas con más poder que muchos Estados, para que te etiqueten de conspiranoico. Es una estrategia eficaz: el ridículo es más barato que el debate.

En el caso del sionismo, el mecanismo es más brutal. La acusación de antisemitismo se ha convertido en el escudo con el que blindan cualquier cuestionamiento al Estado de Israel. Cualquier crítica al Estado de Israel o al sionismo como ideología es descalificada como antisemitismo, clausurando el debate político legítimo y dificultando el análisis racional de sus prácticas estatales.

La doctrina IHRA (*International Holocaust Remembrance Alliance*) es el ejemplo perfecto de esta instrumentalización [\[45\]](#) . Define el

antisemitismo de manera tan amplia que equipara la crítica legítima a Israel con el odio a los judíos, convirtiéndose en una herramienta de censura. El sionismo se presenta como movimiento de liberación nacional, pero en los hechos opera como un proyecto de dominación que utiliza el chantaje emocional del Holocausto para blindar a Israel de cualquier cuestionamiento. Esta es una arista fundamental del poder global que el soberanismo no puede omitir.

El Foro Económico Mundial de Davos es un espacio donde élites políticas, financieras y tecnológicas coordinan estrategias para la gobernanza global. La Agenda 2030 de la ONU, aprobada en 2015, está publicada, firmada y promovida abiertamente por gobiernos de todo el mundo. El problema de estas iniciativas no es su opacidad, sino su presentación como inevitables, como el único horizonte posible.

La genealogía de este proyecto tiene hitos claros. En 1974, el Informe Kissinger (NSSM 200) —documento oficial del gobierno estadounidense desclasificado años después—

identificó el crecimiento poblacional en el Tercer Mundo como una amenaza para los intereses estratégicos de Estados Unidos [\[46\]](#) . Recomendó políticas de control poblacional, condicionamiento de la ayuda exterior y manipulación cultural para reducir la natalidad en regiones clave. Eugenesia encubierta bajo el disfraz de cooperación internacional.

El Informe Brundtland de 1987 introdujo el concepto de "desarrollo sostenible". La Agenda 21 de 1992 fue el primer plan de acción global para el siglo XXI. La Agenda 2030, con sus 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible, es su culminación.

Lo que llamaron cooperación internacional era, en el fondo, otra cosa: entregarle a organismos que nadie eligió el poder de decidir cosas que antes decidía tu país. Ya lo viste con el TPP-11: firmas un tratado 'de comercio' y de repente un tribunal en otro continente puede pasar por encima de una ley chilena.

Los valores que te venden como "universales" son, en el fondo, los de una sola civilización que

quiere que el resto los copie. Nadie te pregunta si estás de acuerdo. Te lo presentan como obvio, como si cualquier persona razonable ya lo hubiera aceptado.

Así opera la Agenda 2030: no llega a Chile como propuesta a debatir, llega como paquete de metas que gobiernos de todo signo político ya firmaron antes de que el pueblo opinara. Los ODS están redactados como buenas intenciones: nadie va a oponerse a "erradicar la pobreza" o "proteger el clima". Ese es justo el truco. Detrás del eufemismo bonito viene el mecanismo real de control.

Ese doble discurso prepara el terreno; la crisis da la excusa. Rahm Emanuel, exjefe de gabinete de Barack Obama, lo resumió sin pudor en 2008: "Nunca desaproveches una buena crisis" [\[47\]](#) .

Crear o amplificar una crisis —económica, sanitaria, migratoria, climática—, esperar el miedo de la población, y luego ofrecer la solución que ya tenían preparada. Problema → reacción → solución.

La crisis como estrategia. Su objetivo final es la disolución de la soberanía nacional en favor de una gobernanza transnacional administrada por tecnócratas, corporaciones y fundaciones filantrópicas.

La arquitectura del globalismo

Para entender cómo opera el globalismo, hay que mirar su arquitectura. El historiador Quinn Slobodian lo documentó con precisión en su libro *Globalists: los primeros neoliberales* — Mises, Hayek, Röpke— eran arquitectos de un nuevo orden mundial donde la soberanía popular quedaría subordinada a los derechos del capital [\[48\]](#) .

El proyecto de los Chicago Boys en Chile fue la puesta en práctica de esa visión, el primer laboratorio de una dictadura liberal diseñada para imponer por la fuerza un orden que las democracias occidentales no habrían aceptado voluntariamente.

El proyecto globalista se mueve en tres frentes a la vez. En lo económico, integra mercados —libre mercado cuando conviene, regulación cuando conviene también. En lo cultural, homogeneiza identidades bajo el liberalismo. En la gobernanza, arma un mando unificado a través de organismos que nadie eligió.

El globalismo actual es producto de la unión de dos corrientes que históricamente estuvieron divididas. Por un lado, el globalismo de mercado, representado por el Foro Económico Mundial: desregulación, libre comercio, capital financiero sin fronteras.

Por el otro, el globalismo de justicia social, financiado y organizado por redes como las fundaciones de George Soros, que impulsan derechos civiles, ecologismo, feminismo e indigenismo como agenda global.

El truco está en que esas causas no siempre son lo que parecen. El ecologismo, por ejemplo, se usa para frenar la industrialización de los países periféricos con la excusa de las emisiones de

CO2 —como si el Norte global no se hubiera industrializado contaminando durante dos siglos.

El feminismo institucional ha sido funcional para bajar la natalidad y desarmar la familia, debilitando los lazos comunitarios que el capital necesita romper para tener mano de obra flexible y sin protección.

Y el indigenismo, cuando lo instrumentalizan ONGs y fundaciones globalistas, termina empujando separatismos que fragmentan a los Estados nacionales —como pasó en Chile con la plurinacionalidad de la Convención Constitucional, una de las razones por las que el proceso fue rechazado por la mayoría del país.

Todas estas causas tienen aspectos legítimos. Pero el globalismo las usa como caballo de Troya para desmovilizar, dividir y debilitar a los pueblos.

La batalla cultural entre ambos es una fachada. En apariencia son enemigos; en la práctica, uno

es el brazo económico y el otro el brazo cultural del mismo orden.

Su síntesis se consolidó en los años noventa con la Tercera Vía de Clinton y Blair, inspirada en el sociólogo Anthony Giddens. La pseudoizquierda aporta la agenda cultural; la derecha globalista aporta la agenda económica. Juntas mantienen el tablero intacto, mientras el espectador cree que hay opciones.

Esa arquitectura se organiza en tres niveles de gobernanza.

El primero lo constituyen los Estados Anglobiberales: Estados Unidos, el Reino Unido y sus aliados. Si cae la hegemonía de Estados Unidos, cae la gobernanza global liberal. La OTAN es la fuerza militar destinada a contener poderes euroasiáticos y asegurar la Pax Atlántica. El Reino Unido post-Brexit busca liderar la Mancomunidad de Naciones y el sistema financiero global desde la City de Londres.

El segundo nivel es el sistema ONU y Bretton Woods. Las Naciones Unidas generan la "ética mundialista" basada en los Derechos Humanos, transformándolos en una herramienta de intervención política por sobre la soberanía nacional. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial aseguran la estabilidad financiera y la disciplina fiscal bajo la hegemonía del dólar. La Organización Mundial del Comercio regula el intercambio, integrando normas de "desarrollo sostenible" y derechos humanos en los tratados comerciales.

El tercer nivel son los actores interesados (stakeholders), gente que no responde a ningún electorado. El Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos ha diseñado los hitos más importantes de la política exterior globalista. El Foro Económico Mundial es el principal impulsor del "capitalismo de actores interesados" y el "Gran Reinicio". El Club Bilderberg es un espacio de debate secreto para la élite atlantista.

A ellos se suman las grandes fundaciones filantrópicas —Open Society de George Soros, la

Fundación Bill y Melinda Gates, la Fundación Rockefeller— que ejercen influencia política sustancial sin rendir cuentas a ningún proceso electoral.

En la cúspide del poder financiero, los grandes gestores de activos como BlackRock, Vanguard y State Street controlan volúmenes de capital superiores al PIB de la mayoría de las naciones, ejerciendo influencia determinante en las políticas corporativas de miles de empresas.

El control se ejerce también a través de áreas sectoriales específicas. La salud global es un caso paradigmático. La Organización Mundial de la Salud —que recibe cerca del 80% de su financiamiento de privados— logró en 2024 la aprobación de enmiendas al Reglamento Sanitario Internacional que hoy están en vigor [\[49\]](#) . El Director General puede declarar una emergencia basada en el mero "potencial" de una amenaza, y sus recomendaciones son vinculantes para los Estados [\[50\]](#) . Cierre de fronteras, cuarentenas, vacunación forzada: todo en manos de un organismo no electo.

Las enmiendas añadieron principios de "equidad y solidaridad" al artículo 3, manteniendo la referencia a los derechos humanos, pero también exigen controles contra la "desinformación" que en la práctica operan como mecanismos de censura bajo otro nombre [\[51\]](#) .

La pandemia funcionó como ensayo. Y lo que se ensayó no fue solo salud pública: fue hasta dónde se puede empujar el control sobre la gente.

La agenda medioambiental utiliza el "desarrollo humano sostenible" para imponer la Agenda 2030.

La regulación de la inteligencia artificial busca controlar el ambiente informático y combatir la "desinformación" —el mismo eufemismo—.

La agenda migratoria promueve la libre circulación de personas como una extensión de la globalización económica.

El tecnofeudalismo: el capital de la nube

El capitalismo mutó. De la fábrica pasó a la plataforma. Los datos son la nueva tierra, y los que los controlan son los señores feudales del siglo XXI.

Los usuarios entregan su información a cambio de acceso, igual que los siervos entregaban su trabajo a cambio de protección. La diferencia es que ahora la moneda de cambio no es el trigo ni el ganado: son tus gustos, tus búsquedas, tu vida entera digitalizada.

La brecha no hace más que crecer entre un puñado de dueños de plataformas y el resto del mundo. El economista griego Yanis Varoufakis lo describe con precisión: el capitalismo competitivo está mutando hacia el tecnofeudalismo [\[52\]](#).

Los dos pilares del sistema han sido reemplazados: los mercados, por plataformas digitales que son auténticos feudos; el beneficio,

por la pura extracción de rentas. Amazon, Google, Apple, Meta y Microsoft son territorios digitales.

Quien quiera vender, informar, comunicarse o existir económicamente debe operar dentro de sus ecosistemas y someterse a sus reglas.

El "capital de la nube" ha creado nuevos amos, y el resto hemos vuelto a ser siervos. El campesino medieval sabía que dependía del señor. Nosotros creemos que somos libres.

Estados Unidos y China concentran aproximadamente el 90% del valor de capitalización bursátil de las 70 mayores plataformas digitales del mundo.

En Chile, el 90% de los datos nacionales reside en servidores fuera del país. Esa es la soberanía digital que no tenemos. Los datos de los ciudadanos chilenos, las comunicaciones del Estado, la información de las empresas estratégicas: todo está almacenado en servidores que no responden a la legislación chilena.

El control de los datos es la nueva forma de sacarle la renta al país. Antes era el cobre, el litio, el agua. Ahora es la información.

Peter Thiel —dueño de Palantir, financista de Silicon Valley— se estableció en Argentina en 2024. Se ha reunido con Javier Milei y con José Antonio Kast.

Su proyecto en el Cono Sur apunta a instalar un laboratorio de control tecnológico: inteligencia artificial aplicada a la vigilancia estatal, sistemas de predicción de comportamiento y una arquitectura de datos diseñada para extraer renta de la información de los ciudadanos.

Así lo sugiere el patrón: sus encuentros reservados con los presidentes de Argentina y Chile, el historial de Palantir —sus sistemas de análisis masivo de datos ya son usados por la CIA y el Pentágono— y el terreno ya allanado en Argentina, donde el gobierno centralizó por decreto sus bases de datos estatales en 2025. Y está su propia convicción, dicha sin rodeos: 'ya

no creo que la libertad y la democracia sean compatibles.

Thiel es el principal financista de la "Ilustración Oscura", una corriente intelectual que sostiene que la democracia liberal está muerta y que debe ser reemplazada por un orden tecnocrático autoritario [\[53\]](#) .

Toma prestado un concepto del filósofo Carl Schmitt: el katechon, 'lo que contiene el caos'. Para Thiel, esa fuerza ya no es la Iglesia ni ningún orden tradicional. Es la democracia misma la que hay que frenar. Su proyecto no busca reformar el sistema: busca volarlo desde dentro para construir otro, donde la técnica sea la nueva religión, los datos la nueva moneda, y los ciudadanos, solo datos administrados [\[54\]](#) .

La "Ilustración Oscura" no es una teoría marginal de internet. Sus ideas se discuten en Davos, en los directorios de Silicon Valley y en las oficinas de los asesores presidenciales que hoy rodean a Milei y a Kast.

Si no hacemos nada, ese es el horizonte: un Cono Sur administrado por señores feudales de Silicon Valley, donde la información de los ciudadanos es el nuevo mineral de extracción. La diferencia entre el cobre y los datos es que el cobre se ve. Los datos, no. Y cuando te des cuenta de que los perdiste, ya no habrá forma de recuperarlos.

El control no solo se juega en los servidores. También se juega, desde hace más de un siglo, en la conciencia y en la fe.

La manipulación espiritual como herramienta geopolítica

El poder no se ejerce solo con fusiles o tratados. También se ejerce sobre las conciencias. Y el globalismo lo sabe.

En 1823, el presidente estadounidense James Monroe declaró que América era para los americanos. Detrás del discurso anticolonial se escondía la pretensión de que Estados Unidos

era el dueño de casa. América Latina dejaba de ser colonia de Europa para convertirse en patio trasero de Washington.

Casi setenta años después, la Iglesia católica respondió con un contrapeso moral: la Doctrina Social de la Iglesia, nacida con la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII en 1891. Frente al capitalismo salvaje y al marxismo ateo, propuso una tercera vía: trabajo digno, propiedad con función social, solidaridad como deber.

En América Latina, esta doctrina encontró un terreno fértil: la Iglesia se convirtió en la única institución capaz de oponer un discurso de justicia al poder de las oligarquías y al avance del capital extranjero.

Pero la Doctrina Social resultaba peligrosa para Washington: no hablaba solo de caridad, sino de justicia estructural. En América Latina, esa idea tomó nombre propio en los años setenta y ochenta: la Teología de la Liberación, que se preguntó si un cristiano podía mirar solo al cielo mientras su comunidad se moría de hambre. Echó mano de las ciencias sociales para

construir un proyecto de emancipación y soberanía.

En Brasil, en Chile, en toda América Latina, las comunidades eclesiales de base se convirtieron en escuelas de organización popular. Estados Unidos la identificó como un riesgo estratégico. La respuesta fue impulsar alianzas con organizaciones religiosas para contener el avance del comunismo y de los movimientos sociales revolucionarios. El crecimiento acelerado de las iglesias evangélicas en América Latina coincidió con redes misioneras financiadas y organizadas desde Estados Unidos. La expansión evangélica fue una estrategia geopolítica, no un fenómeno espontáneo [\[55\]](#) .

La CIA comprendió que el catolicismo latinoamericano, con su teología de la liberación y sus bases comunitarias, era un obstáculo para la hegemonía estadounidense. La respuesta fue estratégica: infiltrar y financiar grupos evangélicos, promoviendo una espiritualidad

despolitizada, centrada en la salvación individual y la lealtad al "mundo libre".

El Plan Cóndor fue la coordinación represiva entre las dictaduras del Cono Sur —Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil— con el apoyo logístico y de inteligencia de la CIA.

[\[56\]](#) Fue una operación documentada: intercambio de prisioneros, operaciones encubiertas conjuntas, asesinatos coordinados. La misma red que entrenó a los oficiales en la Escuela de las Américas, en Panamá, donde se les enseñó a combatir no a ejércitos extranjeros, sino a la propia población organizada.

Pinochet y la CIA montaron una red de narcotráfico desde el Estado. También toleraron —y en la práctica facilitaron— la irrupción masiva de pasta base en las poblaciones periféricas: La Victoria, La Legua, La Hermida. Esas comunidades eran los principales focos de resistencia contra la dictadura, y la droga llegó justo cuando el régimen necesitaba desactivarlas. Vecinos de esas poblaciones han

relatado que la pasta base apareció como algo nuevo y que "la regalaban al principio".

El efecto fue devastador. La droga fragmentó el tejido social desde dentro: la solidaridad de clase fue reemplazada por la adicción y la desconfianza.

Los jóvenes dejaron de ser sujetos políticos para convertirse en consumidores. En las esquinas aparecieron los "angustiados", cuerpos doblados por la pasta. Dentro de la misma población surgieron los "domésticos": los que roban a los de al lado, a los de la misma cuadra. La microcriminalidad depredadora rompió los lazos vecinales.

El narcotráfico emergió como nueva autoridad territorial. Financiaba necesidades básicas a cambio de silencio y reclutaba menores como "soldados". La pasta base fue una herramienta de control social [\[57\]](#).

La fórmula fue simple: una droga para el cuerpo, otra para el alma. La pasta base rompió los sindicatos y las juntas de vecinos. El

neopentecostalismo rompió la conciencia colectiva, cambiando la solidaridad por la salvación individual. Las dos hicieron el mismo trabajo: mantener a la gente ocupada en sobrevivir —del vicio o de la culpa— mientras el modelo neoliberal se instalaba sin que nadie se opusiera.

A esta red se suman los servicios de inteligencia. Agencias como la CIA, el MI6 y el Mossad han sido extensamente vinculadas a operaciones encubiertas, intervenciones políticas, campañas de desinformación y desestabilización de gobiernos adversos a determinados intereses estratégicos.

En Chile, el derrocamiento de Salvador Allende en 1973 fue una operación combinada donde convergieron élites locales, presión económica, manipulación mediática y el apoyo logístico, financiero e ideológico de agencias de inteligencia extranjeras [\[58\]](#).

Hoy, millones de evangélicos en Chile reproducen este esquema sin conocer su origen. Creen defender a Israel por fidelidad bíblica,

cuando en realidad están alineados con una estrategia geopolítica diseñada en Washington. Su fe es genuina, pero el marco desde el cual la interpretan ha sido moldeado por décadas de inversión cultural, becas pastorales y literatura importada.

La disputa es política, no teológica: son dos formas distintas de entender al ser humano. Una, de raíz católica progresista, apunta a la comunidad y la justicia social.

El modelo conservador-liberal, impulsado por el neopentecostalismo, favorece los valores americanos tradicionales, el individualismo de mercado y el mantenimiento del orden establecido.

La batalla por el alma de América Latina es política. La están ganando quienes quieren que los latinoamericanos se vean a sí mismos como individuos aislados, y no como comunidad.

Esa batalla por las almas tiene una pieza clave que la explica: el sionismo cristiano. Nacida en el siglo XIX con el dispensacionalismo, esta

corriente sostiene que la segunda venida de Cristo exige tres condiciones: el regreso de los judíos a la Tierra Prometida (1948), la reconstrucción del Tercer Templo y la victoria militar de Israel sobre sus enemigos. Para el sionismo cristiano, Israel no es un Estado: es el reloj de Dios.

La ironía es que el propio Nuevo Testamento advierte sobre este fenómeno: "Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ese recibiréis" (Juan 5:43).

Sin que sus seguidores lo adviertan, el dispensacionalismo prepara el camino para el Mesías guerrero que, según la interpretación cristiana, será el Anticristo. Da lo mismo si la cuestión es cierta o puras patrañas; lo clave es entender que millones de personas —líderes políticos, financistas, votantes— actúan movidas por estas creencias.

El sionismo cristiano es una fuerza política real que condiciona la política exterior de Estados

Unidos y moldea la conciencia de decenas de millones de latinoamericanos.

La conciencia es un territorio. Pero hay otro todavía más antiguo que el globalismo también controla: el dinero mismo.

El dinero-deuda como mecanismo de control

El globalismo no se sostiene solo con tratados y tecnología. Se sostiene sobre un mecanismo más profundo: el control del dinero.

En el sistema actual, el dinero nace esencialmente como deuda. Se crea cuando un banco comercial presta, y desaparece cuando ese préstamo se paga.

Esta mecánica, llamada reserva fraccionaria, permite que los bancos operen con apenas una fracción del dinero que efectivamente poseen. Por cada unidad real que reciben, pueden crear múltiples unidades virtuales que luego ingresan

a la economía. Este no es un detalle técnico menor: más del 90% del dinero que circula es creado por bancos privados [\[59\]](#) .

Si todos intentaran retirar su dinero al mismo tiempo, el sistema colapsaría, porque gran parte de ese dinero simplemente no existe como efectivo.

A escala global, este engranaje gira en torno al dólar estadounidense. Desde el abandono definitivo del patrón oro en 1971, el dólar se convirtió en dinero fiduciario cuyo valor depende exclusivamente de la confianza y la capacidad de imponer poder.

Este "privilegio exorbitante" le otorga a Estados Unidos la capacidad de endeudarse sin límite práctico y de sancionar a otros países usando el sistema financiero como arma.

El sistema SWIFT es la prueba: Estados Unidos puede excluir a un país entero del circuito financiero mundial, cortándole la capacidad de comerciar.

El economista Michael Hudson lo ha descrito con claridad: el problema de las economías modernas no es la falta de productividad, sino un sector financiero hipertrofiado que drena recursos de la economía real a través de intereses y rentas [\[60\]](#) .

La globalización financiera es la liquidación de la soberanía de los Estados en favor del capital sin patria. El dinero ya no es un instrumento de intercambio: es un mecanismo de control.

Cuando esta extracción se vuelve insostenible, llegan las crisis. Los "corralitos", las quiebras y los rescates bancarios no son anomalías, sino características de un sistema que privatiza las ganancias y socializa las pérdidas. La crisis de 1982 en Chile es un ejemplo temprano de este patrón, donde el Estado tuvo que rescatar al sistema financiero privado mientras la economía real se desplomaba.

En paralelo, avanza otra transformación, por una vía distinta y más inquietante. Los bancos centrales desarrollan monedas digitales (CBDC),

presentadas como versiones electrónicas del efectivo. Operativamente prometen eficiencia y trazabilidad. Políticamente, abren un terreno nuevo.

Una moneda digital estatal puede ser rastreable, programable y condicionable: registrar transacciones, limitar usos, fijar vencimientos o bloquear gastos por decisión administrativa. El dinero deja de ser solo un medio de intercambio y pasa a operar como un sistema de permisos. China ofrece un anticipo concreto: el yuan digital convive con un sistema de crédito social que evalúa conductas y condiciona acceso a servicios, financiamiento y movilidad [\[61\]](#) . Sin contrapesos, la frontera entre política monetaria y control social se vuelve difusa.

Bitcoin y las criptomonedas no son la respuesta a la desconfianza en el sistema bancario: son su síntoma. La pregunta sobre quién controla el valor —una pregunta que el dinero fiduciario llevaba un siglo enterrando— volvió al centro del debate.

Lo mismo pasa con el voto. Parece que decides tú. En realidad, el tablero ya está armado antes de que llegues a la urna.

La democracia como negocio de las élites

La democracia liberal es el arte de administrar el descontento sin cambiar el tablero: lo canaliza hacia las urnas, lo fragmenta entre izquierda y derecha, lo convierte en espectáculo. La ilusión de elegir sigue intacta; los que mandan, también.

El liberalismo se presenta como la única opción posible: puedes ser liberal de izquierda o liberal de derecha, pero no puedes no ser liberal. Si no lo eres, quedas fuera. Eres un enemigo de la "sociedad abierta".

Conviene distinguir esta versión de la democracia participativa y la democracia directa —esas sí son formas verdaderas de soberanía popular, donde el pueblo delibera, decide y controla. Lo que tenemos no es democracia: es partidocracia. El pueblo vota cada cuatro años,

elige entre opciones preseleccionadas y vuelve a su casa con la sensación de haber decidido.

Las decisiones relevantes —la economía, los tratados, los recursos estratégicos— se toman en otro lado. La Constitución lo dice: la soberanía reside en la Nación, pero su ejercicio se realiza "también por las autoridades que la Constitución establece".

Ese "también" es la puerta giratoria: el pueblo delega su poder en representantes que no tienen mandato soberano, que no pueden ser revocados, que responden a los mismos intereses de siempre.

Los candidatos presidenciales de izquierda y derecha son títeres. No importa el color de la bandera: el libreto lo escriben los mismos.

Si un independiente intenta participar, el sistema le impone una carrera de obstáculos: firmas, financiamiento, medios, debates. Y si logra pasar, lo invisibilizan, lo ridiculizan o lo cooptan.

La alternancia no cambia el tablero: solo rota a los mismos gestores en el mismo escenario. Nicanor Parra lo resumió con la precisión de un antipoeta: "Izquierda y derecha unidas, jamás serán vencidas" [\[62\]](#) .

La pseudoizquierda aporta la agenda cultural — diversidad, inclusión, sostenibilidad— para que la gente se sienta representada. La derecha aporta la agenda económica —libre mercado, desregulación, tratados— para que los dueños del capital sigan tranquilos. Juntos, mantienen el sistema intacto.

A las élites les conviene más la democracia liberal que la dictadura: sale más barata. No hace falta reprimir con balas cuando basta con administrar el descontento —una reforma aquí, un cambio de cara allá, una migaja para que la gente no pierda la esperanza del todo.

Ni siquiera hay que silenciar a la multitud: alcanza con dividirla.

La clase media hace de escudo sin darse cuenta. Confunde tener una opinión fuerte con tener una postura histórica, y cuida el orden establecido por miedo a caer un escalón.

Cuando la revuelta estalla, el sistema la absorbe: la rebeldía se vuelve moda, se vende, se comparte. Ya no le teme al descontento. Lo convierte en show.

El mejor ejemplo de esa absorción tiene nombre propio hoy: el libertarismo

La disidencia controlada: el libertarismo como crítico funcional

No toda crítica al globalismo es soberanista. Existe una disidencia controlada que denuncia el sistema pero propone soluciones que lo perpetúan. El libertarismo es el ejemplo más claro.

El libertarismo es la versión más pura y extrema del mismo liberalismo que ya vimos operando

como arquitectura del globalismo —el de Mises y Hayek, el de la Escuela Austriaca. Si el neoliberalismo de los Chicago Boys usó esas ideas con el Estado como herramienta para imponer el mercado a la fuerza, el libertarismo quiere eliminar al Estado por completo.

Hay que reconocer lo que atrae a la gente hacia el discurso libertario: el hastío real con la corrupción, el gasto público ineficiente, la sensación de que el Estado es un botín de los políticos. Esa indignación es legítima. El soberanismo la comparte. Pero la solución libertaria —desmantelar el Estado, dolarizar, eliminar toda regulación— no resuelve el problema, lo empeora. Entrega el control a las corporaciones transnacionales y deja al pueblo sin herramientas para defenderse.

Agustín Laje es el caso más visible: denuncia el globalismo con precisión, pero su solución termina siendo parte del problema que critica.

El historiador argentino Pablo Stefanoni lo documentó: la rebeldía ya no es patrimonio de la izquierda. La derecha radical ha capturado el

descontento popular, sintonizando con el hastío de quienes ven que el sistema beneficia a unos pocos. Mientras la izquierda tradicional se refugia en el plano cultural —la "torre moral" de la corrección política—, la nueva derecha radicalizada construye su propio enemigo: el comunismo en un mundo poscomunista.

Su discurso de "libertad" y "antiprogresismo" logra adhesiones en sectores que antes votaban a la izquierda. No es que el pueblo se haya vuelto de derecha: es que la izquierda dejó de ser una opción y la derecha supo vestirse de rebeldía [\[63\]](#) .

El economista Guido Agostinelli lo confirma: el libertarismo se vende como "estafa de moda". Sus recetas —dolarizar, eliminar el Banco Central — chocan con los hechos: Argentina tributa menos que el promedio de la OCDE, y el déficit fiscal es moneda corriente en el mundo.

Hablan de combatir la "casta", pero se alían con los mismos políticos de siempre y justifican la desigualdad como algo natural. Son selectivos: critican al Estado cuando protege a los débiles,

pero lo defienden cuando rescata a los poderosos, como en el caso del Silicon Valley Bank [\[64\]](#) .

La diferencia entre soberanismo y libertarismo es estructural. El soberanismo busca recuperar el Estado para el pueblo y defiende la comunidad y la patria. El libertarismo busca eliminarlo, disuelve la nación en contratos voluntarios y reduce al individuo a una abstracción.

El ejemplo perfecto de esta operación es el libro *Nazi-Comunismo* de Axel Kaiser: todo lo que no es liberal —lo estatal, lo colectivo, lo que cuestione el dogma del mercado— es etiquetado como nazi. Cuando el disenso se patologiza, la política muere.

Diego Fusaro lo ha señalado: el anticomunismo y el antifascismo contemporáneos no enfrentan totalitarismos reales, sino que bloquean cualquier proyecto que intente organizar lo colectivo y poner límites al mercado [\[65\]](#) .

El oxímoron del "nacional-libertario" —el partido de Johannes Kaiser— revela la contradicción: no

se puede ser libertario y patriota al mismo tiempo. El libertarismo disuelve la nación en el mercado; su "patriotismo" es una fachada para la entrega.

El libertarismo y el soberanismo no son aliados: son antagónicos estructurales.

Uno quiere dismantelar el Estado; el otro, recuperarlo para el pueblo.

Uno es funcional al globalismo; el otro es su única alternativa real.

Mientras hablan de soberanía, firman tratados que la entregan.

Mientras ondean la bandera, privatizan recursos estratégicos.

Mientras invocan a la nación, subordinan la ley chilena a tribunales extranjeros.

CAPÍTULO 4: LA DECISIÓN SOBERANISTA

Hasta aquí recorrimos la herida, el sujeto y el enemigo: el roto borrado del plano, el globalismo que lo mantuvo invisible, el orden unipolar que lo hizo posible.

Pero el diagnóstico no basta. Reconocer la herida y al enemigo no cierra nada si no hay una decisión. El soberanismo es esa decisión: que el pueblo chileno recupere el control de su destino.

Para llegar a esa decisión, hay que desaprender el mapa del poder que nos enseñaron. Durante años nos dijeron que la política era izquierda versus derecha. Pero cuando empezamos a investigar de verdad, nos damos cuenta de que esa dicotomía es una trampa. La línea de fondo no pasa por izquierda o derecha. Pasa por soberanía o subordinación.

No somos los únicos que lo hemos visto. El analista mexicano Alfredo Jalife-Rahme sostiene que la nueva dicotomía del siglo XXI es

globalismo versus nacionalismo [\[66\]](#) . El británico Stephen Davies, en su libro *The Great Realignment*, habla de una nueva línea de fondo: soberanía e identidad colectiva frente a cosmopolitismo y globalismo [\[67\]](#) . Incluso Thomas Homer-Dixon describe una "tormenta perfecta" de crisis convergentes que está erosionando el orden liberal [\[68\]](#) .

La idea está en el aire, flotando en el debate global. En Chile, sin embargo, llegó capturada: la derecha secuestró el nacionalismo y el patriotismo antes de que pudiéramos usarlos. La gente confunde el nacionalismo con el fascismo, con el nazismo, con los skinheads neonazis y con otros termocéfalos fascistoides que no faltan. Y los patriotas chovinistas, los que ondean la bandera pero no defienden el cobre, no ayudan a despejar esa confusión. Al contrario: la refuerzan.

El problema no es el nacionalismo en sí. Hay un nacionalismo popular, el que nace en la Guerra del Pacífico con el sacrificio de Prat, el que encarna al roto que defiende su tierra y no pide

permiso. Ese nacionalismo, el de los de abajo, es distinto y legítimo. Y ahí está el problema: nadie les enseñó a distinguir.

Hay una lección histórica que no podemos ignorar: la de los nacistas de los años 30. Se pusieron ese nombre y adoptaron la estética fascista en la peor época posible. Ellos renegaron del racismo biológico del nazismo y del totalitarismo del fascismo, pero el daño a su imagen ya estaba hecho. Pagaron con 59 jóvenes masacrados en las escaleras del Seguro Obrero.

Fue un precio altísimo por un error que ellos mismos cometieron: vestirse con los símbolos del fascismo europeo, aunque rechazaran su contenido. La estética no es un detalle, es un mensaje. Su movimiento no era nazi, era un intento criollo de "Estado en forma", pero la etiqueta hizo su trabajo [\[69\]](#).

Y existe el nacionalismo oligárquico: el que enarbola la bandera en septiembre y el resto del año entrega el cobre y el litio a las transnacionales. El que se llena la boca con los

héroes pero calla cuando se llevan la plata. El que se dice 'provida' pero no le importa que el pueblo viva en la miseria. Ese patriotismo es patriotero —la careta de los que venden la patria por un puesto en el directorio.

Entonces, cuando empezamos a buscar un nombre para esa línea de fondo —esa que no pasaba por izquierda ni derecha, sino por soberanía o subordinación—, la palabra "nacionalismo" no servía. Estaba tomada.

Fue entonces, en 2018, cuando la decepción con la pseudoizquierda todavía estaba fresca, que llegó a mis manos la Cuarta Teoría Política de Aleksandr Dugin [\[70\]](#) . El libro se había publicado en ruso en 2009, y en inglés en 2012, pero a mí me llegó recién en ese año. Quizás no fue casualidad.

La idea central es la superación del liberalismo mediante la síntesis entre socialismo y nacionalismo, y la insubordinación al orden mundial unipolar a través de la multipolaridad.

Dugin es una figura controversial. Es cristiano ortodoxo; la derecha lo acusa de comunista, la izquierda de fascista. Pero la idea de sintetizar nacionalismo y socialismo no es suya ni es nueva —ahí están los ejemplos de China o Vietnam, países donde el socialismo marxista fue moldeado por la historia y la identidad de cada nación. Lo que importa no es Dugin en sí, sino la herramienta que nos da para pensar más allá de los esquemas del siglo XX.

Esa herramienta, aplicada a Chile, es el soberanismo. Un concepto limpio de la carga del nacionalismo secuestrado. Se afirmaba en la primera frase del artículo 5º de la Constitución: "La soberanía reside esencialmente en la Nación". No en los partidos, no en los tecnócratas, no en los organismos internacionales. En la Nación. Y la Nación, en Chile, somos los rotos.

El soberanismo, en ese sentido, es puro sentido común. Yo tengo una convicción: la mayoría de los chilenos son soberanistas y no lo saben. No es solo una intuición mía: las encuestas lo

confirman, aunque nadie le haya puesto ese nombre.

El 83% de los chilenos apoya nacionalizar el cobre —y no es dato de nicho: llega al 88% en la centroizquierda, pero también al 77% en la centroderecha [\[71\]](#) . El 97% cree que el agua debería ser un derecho garantizado en la Constitución. El 82% considera que privatizar servicios básicos como el agua y la luz fue de lo peor que nos hizo el modelo económico [\[72\]](#) .

Esos números no describen a una minoría radicalizada: describen al país entero, cruzando la barrera ideológica que nos enseñaron a creer infranqueable. El chileno promedio no se levanta pensando "soy soberanista". Se levanta pensando que el cobre debería ser nuestro y que nadie debería lucrar con el agua. Eso es lo que podríamos llamar un soberanismo inconsciente, o si se quiere, un soberanismo pragmático: una convicción que no necesita nombre para ser real, pero que sin nombre se diluye en el ruido. Este libro se lo pone.

Porque el soberanismo no es una ideología complicada. Es la afirmación de que el cobre es nuestro, de que el litio es nuestro, de que las decisiones sobre nuestro futuro las tomamos nosotros, no los bancos ni los tratados ni los organismos que nadie votó.

Ese es el soberanismo. Y este capítulo es para que el roto que ya está despierto, o a punto de despertar, sepa que no está solo. Que hay una doctrina que le da forma a esa intuición, y que esa doctrina se llama soberanismo.

El nuevo eje: soberanía sobre subordinación

Si me pidieran una definición corta y al hueso, diría esto: el soberanismo es la conciencia que surge cuando un pueblo advierte que le robaron el poder que le pertenece. Y es, también, la decisión de recuperarlo.

El soberanismo no niega la izquierda ni la derecha. Las atraviesa.

Hay soberanistas que genuinamente no se sienten ni de izquierda ni de derecha: los despiertos, los críticos antiglobalistas, los que llegaron al soberanismo por rechazo al sistema, por puro hambre de verdad. No tienen por qué pasar por el tamiz de una etiqueta que no los representa.

Hay soberanistas de izquierda —la izquierda patriótica, los socialistas patriotas, los que entienden que la emancipación de los trabajadores no puede darse sin la emancipación de la nación— y esa identificación es válida. No tienen que renunciar a su tradición para ser soberanistas; su tradición ya es soberanista, aunque a veces no lo sepan.

Los socialdemócratas de centro llegan al soberanismo por otra puerta: entienden que el bienestar, la salud, la educación, la vivienda, necesitan un marco de soberanía para sostenerse. Sin soberanía, el Estado de bienestar es apenas una promesa que el capital global puede apagar cuando se le antoje.

Hay soberanistas de derecha —nacionalistas corporativistas, conservadores estatistas, los que entienden que la patria se defiende con un Estado fuerte y una economía al servicio del pueblo— siempre que no sean neoliberales. La derecha neoliberal no entra en esta categoría: es funcional al globalismo, aunque se crea la más libre del mundo.

Y después están los libertarios. Ya vimos por qué no cuentan: se creen rebeldes, pero su libertad es la del capital —tratados que ponen tribunales extranjeros por sobre la ley chilena, privatización de todo lo que se mueva. Son el brazo intelectual del globalismo, lo sepan o no.

Mira lo que pasó en Argentina. Llegó Milei con su motosierra, vendiéndose como el rebelde que iba a romper con la casta. Los libertarios chilenos le compraron la volada entera, lo vitorearon, lo imitaron. Ahora los argentinos comen carne de burro porque no les alcanza para otra cosa. Eso es el libertarismo en acción: un discurso de libertad que termina en pobreza, en entrega, en subordinación al capital global.

No es anticasta. Es la casta con otro nombre, más joven, más cool, pero igual de funcional.

El soberanismo opera en un eje distinto, perpendicular, que cruza a la izquierda y la derecha en vez de reemplazarlas. El eje real de nuestro tiempo no es izquierda-derecha ni autoritario-libertario, eso es apenas un plano de dos dimensiones. El soberanismo agrega una tercera: la de la soberanía frente a la subordinación.

Los mecanismos de control de la élite nos implantaron esa dualidad izquierda-derecha para dividirnos —la vieja estrategia del "divide y vencerás"—, haciéndonos creer que solo hay dos posturas posibles, y que quien dice no ser de ninguna de las dos es un facho encubierto. Esa tercera dimensión no mide lo que piensas sobre el mercado o las libertades individuales: mide tu posición frente a la élite que controla el tablero global.

La disputa del siglo XXI no es entre conservadores y progresistas, sino entre

soberanistas y globalistas.

Y en esta línea, a diferencia del viejo arriba y abajo de la hacienda, del patrón y el inquilino, el soberanismo invierte el sentido del mapa: pone arriba lo que el globalismo puso abajo. En ese eje hay posiciones distintas.

En la cima están los que tienen clara la dicotomía: el nacionalismo popular; la izquierda patriótica —el de los sin apellido, el de los que no heredaron tierra, el de los que han sostenido el país con el cuerpo—; los socialdemócratas que ven que el bienestar necesita soberanía; y los despiertos antiglobalistas que llegaron acá por rechazo al sistema. Gente de tradiciones distintas que converge porque detecta al mismo enemigo.

El soberanismo no exige que nadie abandone su tradición: en ese eje hay lugar para todos los que apuntan hacia arriba. Pero tiene un contenido mínimo sin el cual no hay soberanismo posible: control nacional de los recursos estratégicos, Estado en forma, defensa del trabajo digno.

Quien no acepta ese mínimo simplemente no es soberanista.

En el medio están los progresistas. No son soberanistas plenos, pero en lo económico pueden tener sentido común: crítica al extractivismo, defensa de lo público, rechazo al capitalismo salvaje. En lo cultural, eso sí, siguen metidos en la lógica globalista. Pero ya hay grietas: algunos se preguntan si el cosmopolitismo no será otra forma de dominación.

Los ecologistas están en una situación parecida. También son críticos del extractivismo, y muchos entienden que defender el territorio es defender la soberanía. Aunque sin decirlo con esa palabra, están más cerca del soberanismo de lo que creen.

No son enemigos. Son aliados en potencia, gente con la que se puede conversar, a medio camino.

En el fondo están los que no pueden subir: la derecha neoliberal, los libertarios. Hablan de

libertad, pero es la libertad del capital, no la del pueblo. Son los más atados al globalismo, aunque se crean los más libres.

Nunca van a ser soberanistas, porque su lógica es incompatible con la soberanía.

Esta es la nueva dicotomía: soberanía nacional versus subordinación globalista. Todo lo demás —izquierda, derecha, conservador, progresista— queda subordinado a esa línea de fondo. El que no la ve, está dormido. El que la ve, despierta.

El soberanismo es la convergencia de todos los que están arriba de este nuevo eje, de todos los que entienden que el enemigo no es el de al lado, sino el que está al otro extremo: la élite que controla el tablero global. No importa de qué tradición vengas. Importa qué haces con lo que ves.

La palabra soberanismo está empezando a circular, y como todas las palabras que valen la pena, ya hay quienes quieren vaciarla antes de que sea definida.

La derecha neoliberal chilena —especialista en robar banderas— ha visto el peligro y ha reaccionado: si no puede derrotar la idea, la disuelve en su propia jerga. Se robaron el concepto de "patria", la UDI se hace llamar "popular", los libertarios justifican el saqueo en nombre de la "libertad". Ahora intentarán robar el soberanismo. Esa es la urgencia de este libro: si no lo definimos nosotros, lo definirán los "roba-banderas" de la derecha sin más proyecto que perpetuar el saqueo.

Pero el soberanismo chileno no nació hace unos años. Ya en el Centenario, Palacios y Pinochet Lebrun señalaban la misma crisis sin encajar en la izquierda ni en la derecha de su época. Después se expresó en el ibañismo, el grovismo, el Movimiento Nacional Socialista de González von Marees, el pratismo, el Centro de Estudios Chilenos (CEDECH) de Pedro Godoy: gente acusada de facho por la izquierda y de zurdo por la derecha.

Godoy lo resumió mejor que nadie: "Si los bolches te acusan de facho y los fachos de

zurdo, quédate tranquilo: eres nacional" [\[73\]](#) .

El soberanismo, en este sentido, se parece más a una actitud que a una doctrina. Es la actitud del que mira el mapa y sabe que las líneas que lo dividen no son naturales sino políticas, y que se pueden redibujar. Del que escucha el relato oficial y sabe que hay otros relatos posibles. Del que entiende que la historia no ha terminado, por mucho que los profetas del fin de la historia lo pregonen desde sus cátedras.

Las condiciones materiales existen, las estructuras de poder son reales, los enemigos no son abstracciones. Pero todo eso se puede transformar, desafiar, derrotar. El soberanista no tiene la certeza científica de que así va a ser. Tiene la apuesta: por la posibilidad de un mundo distinto, por la capacidad del pueblo chileno de ser dueño de su propio destino.

El soberanismo no promete un paraíso en la tierra. Promete la posibilidad de construirlo, paso a paso, sabiendo que el camino va a ser difícil y que va a haber derrotas. Pero también con la certeza de que la alternativa —la

sumisión, la resignación, aceptar que las cosas son como son porque no pueden ser de otra manera— es peor.

La Tríada Arquetípica: Tierra, Pueblo, Destino

Si hubiera que resumir al máximo la doctrina soberanista —condensarla hasta la esencia, sacarle todo lo accesorio—, bastarían tres palabras: Tierra, Pueblo, Destino. No son consignas ni slogans para una pancarta. Son arquetipos —en el sentido que le daba el psicólogo Carl Jung: patrones profundos, casi instintivos, que están en la base de toda cultura viva mucho antes de que alguien los piense.

Todo lo demás —el Estado, la economía, la organización territorial— es desarrollo de lo que ya está contenido en esas tres palabras. Se puede hacer una declaración de principios, enumerar pilares, escribir un programa de gobierno. Pero si uno rasca hasta la roca madre, encuentra esto: una tierra que nos da forma, un

pueblo que la habita y la defiende, un destino que los convoca. El soberanista no inventa estas categorías; las reconoce. Y desde ese reconocimiento edifica todo lo demás.

Tierra. No es el suelo geográfico, la simple extensión de territorio. Es el sustrato material y simbólico de la vida en común: la cordillera que nos separa y nos une, el mar que nos baña y nos conecta con el mundo, el desierto que nos enseñó a sobrevivir, los bosques que nos dieron madera y misterio. Es también la tierra trabajada por generaciones de campesinos, la disputada en guerras y tratados, la que guarda los huesos de los que nos precedieron.

El soberanismo entiende que la relación del pueblo con su tierra no es de propiedad privada en el sentido burgués, sino de pertenencia mutua: el pueblo pertenece a la tierra tanto como la tierra pertenece al pueblo. Por eso defender el territorio no es patriotismo abstracto, es supervivencia concreta. El que pierde su tierra pierde su memoria. El que pierde su memoria

pierde su identidad. Y el que pierde su identidad pierde la capacidad de decidir.

Hay quienes creen que la memoria mapuche es patrimonio de unos pocos —los que conservan el apellido, la lengua, o el reconocimiento de la CONADI. Se equivocan. La genética habla claro: el ochenta y siete por ciento de los chilenos lleva sangre araucana en las venas, en su mayoría por vía materna [\[74\]](#) . Eso no es folklore, es anatomía.

Por eso el roto no es un español viviendo en América. Es el fruto de quinientos años de guerra y mestizaje, de una mezcla tan profunda que ya no se puede deshacer.

Así como a los mexicanos les dicen la nación azteca, a los uruguayos la nación charrúa, o a los paraguayos la nación guaraní, a nosotros nos corresponde la nación mapuche. La Nación Mapuche no está en la Araucanía esperando independizarse. Está en el cuerpo de Chile, esperando despertar.

Pueblo. No es la población entendida como suma de individuos, ni el electorado como conjunto de votantes, ni el mercado como masa de consumidores. Es el sujeto colectivo que se reconoce en una historia común, que comparte idioma, costumbres, formas de vida, maneras de hacer y de decir. Es el roto con todas sus contradicciones: el humillado y el que resistió, el despojado y el que construyó, el invisibilizado y el que insistió en existir.

El soberanismo no idealiza al pueblo. Sabe que se puede equivocar, que se puede manipular, que puede caer en la apatía o en el fanatismo. Pero sabe también que no hay otra fuente de legitimidad.

La soberanía no reside en una élite iluminada, ni en un líder carismático, ni en una institución sagrada: reside en el pueblo, ese pueblo concreto, carnal, con sus virtudes y sus defectos.

De ahí que el soberanismo sea profundamente democrático en su raíz, aunque no siempre en

sus formas. La democracia que reclama no es la partidocracia representativa que reduce la participación a votar cada cuatro años, sino una democracia participativa y deliberativa, donde el pueblo pueda decidir directamente: cabildos, consultas ciudadanas vinculantes, revocatorias de mandatos, presupuestos participativos. El soberanismo popular es democrático o no es. Y la democracia que defiende no se delega, se ejerce.

Destino. No es predestinación, la certeza de que las cosas van a pasar de una manera inevitable. Es la afirmación de que el pueblo tiene un lugar en el mundo, una vocación, una tarea histórica que cumplir. No hay aquí destino manifiesto, ni misión civilizadora, ni superioridad nacional. Es la afirmación de que Chile no es apéndice de nadie, de que el roto no es copia defectuosa de ningún original europeo o norteamericano.

El soberanismo cree que el pueblo chileno está llamado a algo más que administrar su dependencia. A contribuir a un mundo multipolar, a ser puente entre el Atlántico y el Pacífico, a articular una civilización

iberoamericana autónoma, a demostrar que hay un desarrollo posible que no pasa por imitar servilmente los modelos del Norte global.

Ese destino no está escrito, hay que construirlo. Pero no se construye de cero: parte de la conciencia de que hay un camino que recorrer, una dirección que tomar.

El Estado con SOBERANÍA

El soberanismo no se agota en la Tríada. Necesita una forma política concreta, un modo de organizar la vida colectiva a la altura de sus pretensiones.

Pero antes de proponer respuestas, conviene hacer una distinción que muchas veces se omite. Una cosa es el Estado soberanista: sus principios, su naturaleza, su misión. Eso no se negocia. Brota de la Tríada y es el suelo común que compartimos. Otra cosa son las formas de gobierno: los mecanismos concretos para organizar el poder, distribuir autoridad, tomar

decisiones. Eso es materia de deliberación, de propuesta, de ajuste histórico. No confundamos el qué con el cómo. Porque podemos coincidir en el primero y discrepar lealmente en el segundo.

La historia del siglo XX nos dejó tres grandes tradiciones políticas, cada una con su sujeto histórico y su forma de organización. El liberalismo puso al individuo abstracto en el centro: sus derechos, su libertad, su propiedad. El marxismo puso a la clase obrera universal: la justicia social, la explotación estructural, la transformación de las relaciones de producción. Los nacionalismos totalitarios pusieron a la raza o la nación homogénea: la conciencia nacional, el Estado fuerte, la crítica al capital extranjero.

Las tres tradiciones dejaron lecciones que no podemos ignorar, y límites que no podemos repetir. Cada una se quedó pegada en una sola parte de lo humano: el individuo, la clase, la raza. Lo que quedó fuera fue el pueblo como totalidad orgánica: la unidad viva de Tierra, Pueblo y Destino.

El soberanismo responde: el sujeto es el pueblo chileno. No como abstracción, sino como ser situado en una tierra, una historia, un destino común.

Y de esa respuesta brota la necesidad de un Estado que esté a la altura. Un Estado que, después de siglos de servir a la oligarquía y al capital extranjero, se ponga por fin al servicio de la nación.

El Estado Soberanista en una palabra: SOBERANÍA

S	Soberano	Controla el territorio, los recursos y las decisiones.
O	Orgánico	Articula la sociedad como un cuerpo vivo.
B	Bien común	El fin del Estado es el pueblo, no el lucro.
E	Ético	La autoridad es servicio; la corrupción es traición.
R	Responsable	Jerarquía como servicio, no como privilegio.
A	Autónomo	Frente al globalismo, soberanía real.
N	Nacional	El pueblo es el sujeto de la historia.
Í	Íntegro	Sin espacios de opacidad ni privilegio.
A	Atento	Con el pueblo vigilante como garantía última.

El Estado soberanista es un **Estado soberano** . No hay soberanía sin control efectivo del territorio, los recursos estratégicos y las decisiones que afectan a la nación. Controla el cobre, el litio, el agua, la energía. Dice "no"

cuando el interés nacional lo exige, aunque eso incomode a los poderes globales. La soberanía no se delega ni se negocia. Se ejerce o se pierde.

Es un **Estado orgánico** . No es una máquina burocrática separada de la sociedad. Es la forma institucional de una comunidad viva. Articula los cuerpos intermedios —familias, municipios, sindicatos, gremios, cooperativas, juntas de vecinos— sin disolverlos ni absorberlos. Los reconoce como tejidos vivos donde se gesta la soberanía cotidiana. La unidad soberana no es uniformidad: es cohesión en la diversidad.

Es un **Estado ético** . La autoridad no es privilegio: es servicio. Quien gobierna no manda por derecho propio, sino por deber hacia la comunidad. La corrupción no es una irregularidad administrativa: es traición a la patria. Exige virtud pública: austeridad en los gobernantes, transparencia en la gestión, ejemplaridad en el mando. La primera política del Estado soberanista es la virtud.

Es un **Estado en forma** . Esta es la contribución de Alberto Edwards, un hombre de la misma

generación que Pinochet LeBrun pero de signo distinto. Edwards, inspirado por el filósofo alemán Oswald Spengler, acuñó la noción de "Estado en forma" para designar una república orgánica, virtuosa y soberana [\[75\]](#) . La paradoja no es menor: Edwards pertenecía a la oligarquía que este libro critica, y sin embargo reconocía que el Estado liberal que su clase había construido no servía. Ni siquiera los hijos de la élite podían negar que Chile necesitaba un Estado con identidad propia, conducción soberana y proyecto nacional, no el cascarón vacío que administraba la entrega de los recursos del país.

Para entenderlo, conviene usar una analogía simple. La izquierda tradicional propone un Estado obeso mórbido: interviene en todo, lo controla todo, burocratiza la vida, ahoga la iniciativa con regulación infinita [\[76\]](#) . La derecha neoliberal propone un Estado esmirriado: apenas un guardia nocturno, un músculo descarnado, incapaz de proteger lo propio, de planificar el desarrollo, de resistir al capital global [\[77\]](#) . El soberanismo propone un tercer camino: la patria

en forma. Ni obesa ni esmirriada. Un Estado con músculo, pero sin grasa. Fuerte para defender, ágil para planificar, disciplinado para servir. Un Estado que no se mete en todo, pero que está presente donde importa: en la defensa del territorio, en el control de los recursos estratégicos, en la protección del trabajo digno, en la educación que forma patriotas, no súbditos.

Es un **Estado fundado en el trabajo** . El trabajo es el fundamento de toda legitimidad real. Nada que no surja del esfuerzo, del servicio o de la creación merece mandar sobre los demás. El roto que construyó esta patria con las manos no es folclor: es el hombre-trabajo. El que construye, manda. Quien no ha trabajado, no ha servido; quien no ha servido, no puede gobernar. Francisco Antonio Encina lo vio claro: mientras Chile sea conducido por rentistas que viven del esfuerzo ajeno, la independencia será apariencia [\[78\]](#) . Balmaceda lo intentó defendiendo el salitre para el desarrollo nacional. Lo mataron por ello. Por eso el Estado soberanista afirma que la

autoridad se conquista trabajando: gobernar no es privilegio, sino deber hacia la comunidad.

Es un **Estado jerárquico en el servicio**. La jerarquía soberanista no es privilegio, sino responsabilidad. Quien recibe más poder, asume más deber. El mérito, la experiencia y el servicio —no el compadrazgo ni la riqueza— deben ordenar la vida pública. La tradición portaliana lo entendió así: la autoridad se justifica por su utilidad a la comunidad, no por su origen. La soberanía no se construye desde arriba, sino desde el trabajo y la educación del pueblo. Tancredo Pinochet Lebrun lo sabía: en Si yo fuera presidente sostenía que la autoridad debía estar en manos de los más capaces, porque mientras la oligarquía gobierna para sí misma, el pueblo no tiene patria. [\[79\]](#)

Y es un **Estado con pueblo vigilante**. Toda virtud enfrenta su prueba más difícil: la sucesión. ¿Cómo asegurar que el mando pase de manos virtuosas a manos virtuosas, y no a la oligarquía que siempre acecha? La única garantía es un pueblo despierto. El poder es revocable. El

mando es temporal. El pueblo vigila. Esa es la última característica, porque sin ella todas las demás se corrompen.

El Estado soberanista es la forma política de un pueblo que decidió ser dueño de su destino: no un programa de gobierno, sino una dirección. Un cuerpo vivo —soberano para decidir, ético para servir, vigilado por el pueblo para no corromperse. Pero ese cuerpo no sirve de nada si el pueblo se sigue mirando con los ojos que le enseñó el que lo desprecia. Antes de cambiar las instituciones, hay que cambiar el espejo.

La transvaloración: cambiar el mapa de valores

El roto fue despojado de su dignidad. Convertido en objeto de estudio, en estereotipo, en chiste. O, en el mejor de los casos, en folklore que se exhibe en fiestas patrias y se guarda el resto del año.

La transvaloración es el movimiento inverso: tomar lo que el discurso dominante desvalorizó —la chilenidad mestiza, la cultura popular, el saber práctico, la lengua del pueblo— y revalorizarlo como fuente de identidad. Proclamar al roto como una promesa de futuro, no como un residuo del pasado.

El lenguaje no es un diccionario, es un campo de batalla. Las palabras no tienen un significado fijo: son territorios en disputa.

La élite lo sabe y lleva décadas jugando ese juego. Se apropió del "nacionalismo" hasta volverlo sinónimo de fascismo. Secuestró el "populismo", que debería nombrar la política que apela al pueblo, y lo convirtió en sinónimo de demagogia. Cuando la élite no puede ganar el debate, vacía las palabras. Y si no puede vaciarlas, las ensucia.

Con el roto hicieron lo mismo. Durante siglos cargó con el insulto, y la élite inventó una forma aún más despectiva: el "roteque".

En la cultura popular chilena, ese insulto quedó grabado en la memoria colectiva a través de la historieta más famosa del país: Condorito. Pepe Cortisona, el "Saco de Plomo", el arribista de traje y corbata que presume de una posición económica que no tiene, llama "roteque" al pajarraco cada vez que puede. Es su forma de recordarle que, por más ingenio y picardía que tenga, nunca va a ser de los de arriba. La historieta se reía de Cortisona, pero en la vida real el roteo no es una broma. Es un mecanismo de control.

La élite chilena perfeccionó ese mecanismo. El roteo no es un insulto casual. Es un recordatorio de lugar. Cuando alguien de abajo se atreve a ocupar un espacio que no le corresponde, o cuando alguien que la élite considera inferior comete la herejía de no rendir la pleitesía esperada, la respuesta es la misma: "roto". No importa si la persona tiene plata o no. El roteo no es contra la pobreza, es contra la insubordinación. Es el castigo al que no se dobla. Es la forma que tiene la élite de decir: "tú no perteneces aquí".

Pero el lenguaje también se puede dar vuelta. Esa es la lección de Friedrich Nietzsche: los valores se pueden transvalorar. Lo que fue despreciado puede convertirse en orgullo. Y eso está pasando hoy, sin que la élite se haya dado cuenta.

La Generación Z y los gamers hicieron lo que la izquierda nunca logró. En vez de pedir compasión o enaltecer la pobreza, tomaron la palabra que más dolía y la llenaron de pura fuerza. En el lenguaje de los videojuegos, "roto" es el mayor cumplido posible. Cuando un personaje es tan poderoso que rompe el equilibrio del juego, los jóvenes dicen que "está roto". No es un defecto: es la máxima expresión de poder. Estar roto es ser tan superior que las reglas del sistema no te alcanzan.

Puede que los cabros chicos no lo sepan. Puede que el uso de "roto" como sinónimo de poderoso venga del inglés "broken" y no de una reflexión sobre la historia de Chile. Pero eso no importa. La transvaloración no necesita ser consciente

para ser real. La cultura popular hace su trabajo sin pedir permiso.

La palabra que la élite usó para humillar durante siglos ahora está en la boca de los cabros chicos como sinónimo de excelencia. Para ellos, "roto" no evoca sumisión, evoca la capacidad de romper los límites.

El roto ya no es el subalterno que debe asimilar las leyes de la élite: es quien, por pura fuerza, hace estallar el diseño anterior en pedazos.

La élite no se ha dado cuenta. Sigue usando la palabra como insulto, mientras los cabros chicos la usan como cumplido. Esa es la transvaloración en acción. No es un lujo teórico: es el preludio de un despertar que ya está ocurriendo en el lenguaje antes de ocurrir en la calle.

Porque la transvaloración precede y fundamenta a la económica y la institucional. No hay economía soberana sin un pueblo que cree en su capacidad de crear, ni Estado soberano sin un pueblo que cree en su capacidad de gobernarse.

La transvaloración es la semilla; el resto, la cosecha.

Pero el roto que se sabe roto ya no es roteable. Y cuando el roto deja de ser roteable, el sistema pierde su principal herramienta de disciplina. Ya no hay insulto que lo doblegue porque el insulto, en sus oídos, suena a halago.

Romper la subordinación: dejar de ser objetos para ser sujetos

La transvaloración no es un acto puramente cultural. La decisión soberanista también tiene que ser de insubordinación: frente al orden global que diseñó nuestra dependencia, frente a las élites locales que la administraron, frente a los discursos que la naturalizan.

El politólogo argentino Marcelo Gullo lo llama 'insubordinación fundante': el momento en que un país deja de ser objeto de la historia —al que otros le deciden el destino— y se vuelve sujeto, el que decide el suyo.

Para lograrlo hace falta desobedecer las reglas que imponen los poderosos —como el dogma del libre comercio— y tener la fuerza real para sostener esa desobediencia.

Gran Bretaña y Estados Unidos se hicieron ricos con proteccionismo puro y duro. Después, ya arriba, predicaron el libre mercado a los demás países —justo para que nadie más pudiera hacer lo mismo que ellos hicieron. [\[80\]](#)

La historia de Chile está llena de intentos de soberanía que fracasaron. Balmaceda fue derribado por los fusiles de la oligarquía salitrera en 1891. Allende fue bombardeado en 1973. La efímera República Socialista de 1932 duró doce días antes de ser desactivada por la presión militar. El estallido de 2019 fue cooptado por la vía institucional, después de que la represión callejera hiciera su trabajo.

Todos tenían razones, algunos incluso doctrina. Pero les faltó lo que Gullo llama el "impulso estatal": la capacidad de construir poder paralelo —incluyendo, cuando es necesario, la capacidad

de defenderse— antes de desafiar el orden establecido.

Sin estructura, la energía popular se dispersa. Sin poder efectivo, la doctrina es un fantasma. Y sin la fuerza para defender lo conquistado, la historia termina como siempre: con los fusiles del lado del que manda.

Pero esta insubordinación no es solo política o económica. Es también mental.

El filósofo ruso Aleksandr Dugin llama a esto Noomakhia: la guerra entre formas de sentido, entre grandes estructuras mentales que definen cómo una civilización entiende al ser humano, al poder, al tiempo y a la verdad [\[81\]](#) .

No es una pelea entre partidos, sino entre visiones de mundo. La política ya no es un debate de programas: es una batalla por la realidad misma. En chileno, lo podemos llamar simplemente guerra mental.

La guerra mental no es una metáfora. Es la constatación de que la geopolítica no es solo

estrategia militar o diplomacia: es una visión de la historia como una lucha entre dos principios fundamentales: la Tierra y el Mar.

La Tierra está asociada a la tradición, la comunidad, el arraigo; el Mar, al progreso, el liberalismo, la disolución de los vínculos.

El mundo anglosajón es la civilización del mar; Iberoamérica, heredera del Imperio español, es la civilización de la tierra.

La globalización es la victoria del mar sobre la tierra. La multipolaridad es la posibilidad de que la tierra recupere su lugar en la historia.

En esa guerra, el soberanista no es solo un activista o un votante: es alguien que se hace la pregunta que el sistema intenta evitar a toda costa: ¿quién soy yo en este mundo? ¿Qué significa estar aquí, en esta tierra, con esta lengua, esta historia, esta comunidad?

El filósofo alemán Martin Heidegger llamó a esta experiencia Dasein. En alemán, Da significa "ahí", y Sein significa "ser". Literalmente: el "ser-ahí".

No estamos flotando en el vacío: estamos arrojados a un lugar concreto, a un tiempo, a una lengua, a una historia que nos precede y nos da forma.

El Dasein es el momento en que uno deja de ser una cosa cualquiera —una más entre las cosas— y se descubre como ser, como alguien que está en el mundo y que, al reconocerse en él, se vuelve responsable de él.

En chileno, esto quiere decir algo simple: no eres un objeto más dando vueltas por el mundo, como una silla o una piedra. Eres alguien que está ahí, a propósito, con una historia detrás. Y darte cuenta de eso te hace responsable de lo que hagas con ese lugar que ocupas.

Cuando el roto se hace esa pregunta —cuando se da cuenta de que no es un consumidor ni un perfil digital ni un dato en un algoritmo, sino un ser humano situado en una tierra que lo ha moldeado— algo se rompe.

Ya no le basta con lo que le dan: ni con el ruido de las pantallas, ni con las promesas vacías, ni

con la distracción permanente que lo mantiene adormecido. La línea de fractura ya no es política: es existencial.

El roto no descubre una ideología: descubre que es. Que está ahí.

Esa fractura genera algo nuevo: no la conciencia de clase de la tradición marxista, sino la del que sabe que está solo en la intemperie y no se rinde. La de quien ha sido quebrado y sigue en pie. **La conciencia de roto.**

Pero la conciencia sola no alcanza. Un roto despierto, solo, sigue siendo un roto solo. Hay que construir poder, y eso se hace desde abajo.

Construir poder desde abajo

La decisión soberanista también se juega en el territorio. Ni todo el poder metido en Santiago, ni cada región tirando para su lado sin mirarse entre ellas. Un punto medio que todavía no existe, pero que hay que construir.

La tradición chilena, desde la fundación de Santiago como cabeza del reino, ha tendido al centralismo; pero el soberanismo sabe que Chile es también el sur profundo, el norte minero, el valle central, el archipiélago austral, Rapa Nui en medio del Pacífico.

El soberanismo apunta hacia un rumbo, no hacia un modelo cerrado: que el poder deje de concentrarse en Santiago, que las regiones tengan voz y decisión real, que el territorio se organice desde abajo, desde las comunidades que lo habitan. La soberanía no se vota cada cuatro años. Se construye en el territorio, todos los días.

Para construir poder desde abajo hay que pelear en dos frentes a la vez. Uno es meterse en los espacios que el sistema todavía deja abiertos — la junta de vecinos, el sindicato, hasta el parlamento— con gente que responda al pueblo, no a su carrera política, y que se pueda sacar si no cumple. La idea no es administrar el saqueo desde adentro. Es abrir grietas.

El otro frente es construir desde el territorio mismo, sin pedirle permiso a nadie: cabildos que deliberan, cooperativas que producen, juntas de vecinos que deciden solas. Ninguno de los dos frentes alcanza por sí solo. Solo pelear por dentro del sistema termina administrando lo mismo de siempre. Solo construir por fuera, sin disputar también el poder formal, se queda en pura energía que no deja huella.

El soberanismo hace las dos cosas a la vez. Esa articulación se construye en el territorio, en la memoria, en la organización que actúa por sí misma. El orden sin comunidad es una jaula; la comunidad sin orden es un incendio que se apaga solo.

El cabildo es la casa natural del soberano: un lugar donde el pueblo se junta, decide, y vuelve a juntarse la próxima vez. No es nostalgia, es estrategia: esa tradición existe en Chile desde la Colonia, y todavía respira en las juntas de vecinos y las asambleas de barrio. El historiador Gabriel Salazar lleva años proponiendo

rescatarla en serio, como forma real de que la gente decida su propio destino [\[82\]](#) .

La cooperativa es el motor económico de esto: gente produciendo en su propia tierra, vendiéndose entre ellos con precio justo, sin patrón. Es la forma de trabajar que menos depende del capital de afuera. Una cooperativa no le pide permiso a ningún mercado transnacional. Solo necesita producir bien, vender bien, y que el Estado la ayude con crédito y asesoría técnica en vez de dejarla sola.

Pero el territorio de hoy no termina en la cordillera ni en el mar: se extiende también por cables y servidores, por un suelo invisible que no se pisa pero se disputa igual. Ahí también hay trincheras. Las corporaciones tecnológicas son los nuevos latifundistas de ese territorio: cercan la opinión, censuran, vigilan, cobran renta por cada palabra que decimos. El soberanismo necesita sembrar ahí también: servidores propios, sitios independientes, redes que no le rindan cuentas a nadie más que al pueblo.

Quien controla la información controla el relato, y quien controla el relato controla el futuro que todavía no se ha escrito.

Todo esto —cabildos, cooperativas, servidores propios— no vale nada por sí solo. Vale porque es el modo en que un roto se reconoce en otro roto, en que la comunidad deja de estar sola, en que el pueblo tiene con qué pararse el día que le toque decidir.

El despertar del roto

La decisión soberanista, en el fondo, es una decisión de madurez: dejar la adolescencia de la imitación por la adultez de la autodeterminación, dejar de ser colonia para ser sujeto. Que la herida, en vez de seguir sangrando, se convierta en cicatriz —y la cicatriz, en vez de vergüenza, en orgullo. Esa madurez no llega por decreto. La conciencia de roto se construye todos los días. No naces con ella: la eliges. Eliges dejar de esperar que alguien venga a salvarte. Eliges

entender que la patria no es una abstracción que te debe algo: es un suelo que se construye con manos callosas y espaldas dobladas.

Esa conciencia es la certeza de que no eres un consumidor, ni un perfil digital, ni un dato en un algoritmo. Eres un ser humano situado en una tierra que te ha moldeado.

No es una decisión que se toma una vez y ya. Hay que renovarla cada día, en cada acto pequeño, en cada elección cotidiana: comprar lo nuestro antes que lo importado, leer a nuestros autores antes que a los de afuera, hablar nuestra lengua con orgullo, sin complejos ni anglicismos, contar nuestra historia con nuestros propios términos.

Es la decisión de no bajar la cabeza. El soberanismo no promete un camino fácil. Promete un camino propio. Y para el roto, que ha recorrido la geografía más accidentada del mundo, que cruzó desiertos y cordilleras, que sobrevivió terremotos y aluviones, que resistió la

humillación y la explotación, la promesa de un camino propio es la única que vale la pena.

El roto que despierta no pide que le regalen nada. Pide que le devuelvan lo suyo: su dignidad, su palabra, su soberanía. Pide ser dueño de su destino. Pero el que aún duerme sigue esperando que alguien venga a salvarlo. El soberanismo no es para los que esperan: es para los que se levantan.

Hay una batalla más: la del hombre mismo. Ser humano es también una identidad colectiva, y el liberalismo, que solo tolera al individuo aislado, tarde o temprano iba a llegar por esa también.

El transhumanismo es su consecuencia lógica: reducirte a consumidor, a dato, a usuario, a algo "mejorable" técnicamente hasta dejar de ser humano. Nihilismo puro. Contra eso se levanta el soberanista.

El roto que despierta no solo recupera su tierra y su pueblo: recupera su humanidad.

CAPÍTULO 5: EL HORIZONTE PROPIO

El despertar del roto tiene un escenario: un mundo donde el viejo orden se cae a pedazos. Vivimos un tiempo bisagra, donde las certezas de siglo y medio se diluyen y todavía no se sabe qué viene a reemplazarlas. Es un umbral civilizatorio. Y en cada umbral, aunque parezca todo incertidumbre, se abre una grieta. Por ahí es donde el roto puede, por fin, entrar a pelear por su soberanía.

La crisis del orden unipolar

Durante décadas nos vendieron la idea de que la historia había terminado. Que el modelo liberal, el mercado sin fronteras, la democracia procedimental, la hegemonía de Estados Unidos —todo eso era el final del camino. No había alternativas. Solo quedaba administrar el fin de la historia.

Pero la historia no terminó. Se tomó un respiro, y volvió.

El orden unipolar está en crisis. Estados Unidos ya no manda como mandaba en los noventa. China creció, Rusia aguantó, India se paró, y medio mundo que antes hacía fila para pedir permiso ahora empieza a mirar para otro lado. El soberanista no inventa esto: solo lo ve. Y Chile tiene que decidir qué hace con lo que ve.

Para Chile, la multipolaridad abre una pregunta: ¿seguimos siendo el patio trasero de alguien o empezamos a ser dueños de nuestro propio destino? La respuesta no está escrita. Depende de lo que hagamos.

Los riesgos del nuevo orden multipolar

La multipolaridad no es una garantía. El nuevo orden que viene también tiene sus trampas. No se trata de cambiar de amo. El soberanista no va a salir del tutelaje estadounidense para caer en el tutelaje chino, ni a cambiar el liberalismo

global por un nuevo totalitarismo con otro nombre.

Ya lo vimos: el crédito social chino, la vigilancia por algoritmos, el yuan digital rastreable. No son fallas del sistema chino. Son el sistema chino funcionando como fue diseñado.

Lo mismo ocurre con las monedas digitales de bancos centrales (CBDC), que apuntan a un sistema de control totalitario donde cada transacción es rastreable, programable y condicionable.

El soberanista no puede celebrar la multipolaridad como si fuera automáticamente liberadora. El nuevo orden puede ser una jaula de otro color, con otro dueño, pero jaula al fin. La única garantía posible es la soberanía efectiva del pueblo chileno, no la promesa de un nuevo amo más amable. Entonces la pregunta no es con quién aliarse. Es cómo dejar de necesitar un amo, sea cual sea su color.

Iberoamérica como civilización autónoma

En este nuevo escenario, Iberoamérica tiene una oportunidad histórica: la de ser una civilización autónoma.

'Occidente' es un concepto que nos excluye: nos define por lo que no somos, nunca por lo que somos. 'Tercer Mundo' es peor: nos deja en la sala de espera de un centro que nunca nos va a invitar a pasar.

Pero Iberoamérica tiene con qué pararse sola: una lengua que hablan más de 500 millones de personas, una historia común de quinientos años de mestizaje, litio y cobre y agua y selva amazónica, y la gente para hacerlo funcionar. Lo único que falta es voluntad: la de dejar de pedir permiso.

Chile, en ese marco, podría ser un eslabón central. Pero para que esa cadena sea fuerte, cada parte debe sostener su peso. La pregunta es si vamos a construir esa cadena o si vamos a

seguir esperando que alguien más la construya por nosotros.

Chile tricontinental

Chile no es un país sudamericano más. Es tricontinental: tiene pie en América, en el Pacífico con Rapa Nui, y en la Antártida. Esa es su vocación geográfica real, aunque los mapas escolares no siempre lo muestran.

El soberanismo no inventa esta condición. La reconoce. Y podría defenderla.

Rapa Nui no es una isla lejana y exótica que aparece en los folletos turísticos. Es el centinela de Chile en medio de la Polinesia, a 3.700 kilómetros de distancia —más cerca de Tahití que de Santiago. Es la prueba de que Chile ya es, aunque no lo sepa, una nación con vocación oceánica.

La Antártida es otra historia, y más urgente. El Territorio Chileno Antártico —que vamos a ver en

detalle más adelante— es la herencia que le vamos a dejar a los chilenos que todavía no nacen. Hoy está protegida: el Protocolo de Madrid prohíbe la explotación minera del continente, sin fecha de vencimiento. Pero en 2048 se cumplen 50 años de ese acuerdo, y desde ahí cualquier país puede pedir revisarlo.

Después de 2048, la protección sigue existiendo en el papel. Pero se abre una puerta: la presión para tumbarla —países con apetito minero, China multiplicando bases bajo la excusa del 'uso racional' de los recursos— va a tener, por primera vez, un mecanismo formal para intentarlo. Y la Corona Británica sigue reclamando ese mismo territorio como propio.

La pregunta no es si Chile está presente en la Antártida —ya lo está, con bases que llevan décadas ahí. La pregunta es si esa presencia va a bastar cuando llegue la hora de discutir en serio quién tiene derecho a qué. Argentina reclama territorio que se cruza con el nuestro.

El Reino Unido, que ni siquiera es sudamericano, también. Esa disputa hay que resolverla —y no

necesariamente contra Argentina.

Neutralidad activa

En un mundo multipolar, Chile podría ser neutral sin ser pasivo. La neutralidad activa es la capacidad de cooperar con todos y subordinarse a nadie: tener relaciones con China sin ser colonia de China, alianzas con Estados Unidos sin ser su patio trasero, tender puentes a América Latina sin diluirse en ella.

Chile no tiene por qué tomar partido en guerras que no son suyas. Puede decir "no" cuando sea necesario. Pero decir "no" exige fortaleza, no debilidad. Exige un Estado en forma, no uno esmirriado. Exige un pueblo despierto, no uno dormido. Esa es una de las decisiones que el soberanismo pone sobre la mesa.

La Alianza Austral

La neutralidad activa no es soledad. Es autonomía. Y la autonomía podría fortalecerse con alianzas.

El escritor y analista geopolítico chileno Horacio Spartaco ha planteado la Alianza Austral —Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay— como un posible núcleo soberano en el Cono Sur. La delimitación no es arbitraria: responde a criterios de afinidad geográfica, histórica y cultural muy definidos. Estos cuatro países constituyen la Hispanoamérica Austral, una "familia cercana" cuyas realidades territoriales y de seguridad están íntimamente conectadas. Argentina, Uruguay y Paraguay comparten la herencia del Virreinato del Río de la Plata. Chile y Argentina, por su parte, comparten una inmensa frontera a lo largo de los Andes que los obliga a resolver sus disputas pendientes —como en los Campos de Hielo Sur— para que potencias extranjeras como el Reino Unido no se aprovechen de sus diferencias en la reclamación antártica. Esas

diferencias han estado ahí desde la "guerra de los mapas" del siglo XIX y la crisis del Beagle en 1978, que llevó a ambos países al borde de la guerra. Siguen siendo un flanco abierto, y los imperialismos lo saben.

Reconocer esa afinidad es organizarse desde lo que uno ya es, antes de proyectarse hacia lo que puede construir con otros. La idea no es nueva. El general Perón propuso en el siglo XX el ABC — Argentina, Brasil, Chile— como base de un bloque sudamericano soberano. La prensa oligárquica de la época, encabezada por El Mercurio, alimentó el miedo a una "anexión argentina" y el proyecto fracasó. Los mismos intereses siguen operando hoy.

La Alianza Austral no tiene por qué quedarse en estos cuatro países: podría articularse con un bloque andino —Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia— que tiene su propio ritmo y su propia lógica.

El Corredor Bioceánico de Capricornio, que conecta el centro-oeste de Brasil con los puertos del norte de Chile, muestra que la infraestructura para la integración ya está en discusión. Chile

tiene la puerta al Pacífico. Bolivia ya ha manifestado su interés en sumarse.

La pregunta no es si la integración es posible, sino bajo qué términos se hará: si será un instrumento de soberanía popular o un nuevo mecanismo de subordinación. Esa decisión no debería tomarla un gobierno. Debería tomarla el pueblo.

Chile en el mundo

Chile podría ser un faro para la región: un líder en su propio ecúmene —esa palabra griega que significa, literalmente, "el mundo habitado", el territorio donde uno tiene peso real, no solo presencia de mapa—, una potencia con proyección en tres continentes.

Cuando el roto despierta, no solo cambia Chile: puede cambiar el equilibrio de la región. No porque Chile sea más grande o más rico que sus vecinos —no lo es—, sino porque un pueblo que

recupera el control de su destino se vuelve un ejemplo difícil de ignorar. Eso también es poder.

La Alianza Austral, si el pueblo la decide, podría ser una pieza en un mundo multipolar donde Iberoamérica sea, finalmente, una civilización autónoma, un polo propio, un destino no escrito.

La Antártida es clave en esa proyección, con una cifra que pocos chilenos tienen presente: el Territorio Chileno Antártico son 1.250.000 km², más de la mitad del territorio nacional. La mitad de Chile queda al sur de Punta Arenas. Ese dato, por sí solo, debería cambiar cómo nos pensamos como país: no un país angosto pegado a la cordillera, sino uno que se extiende hasta el hielo.

El soberanismo chileno podría insertar al país en el mundo desde una posición de fortaleza. Podría hacer que el roto no sea un objeto de la historia, sino un sujeto. Que no sea visto, sino que vea. Que no sea usado, sino que use.

El horizonte multipolar no es un sueño, pero tampoco un cheque en blanco. Se trata de que el

roto, por fin, tenga voz y voto en el mundo que ayuda a construir —de que Chile deje de ser apéndice de nadie y se convierta en un punto del mapa que otros tengan que mirar con respeto.

Y eso, como el despertar, no se pide. Se toma. Pero se toma entre todos.

EPÍLOGO

Gracias por llegar hasta acá. Este libro no fue escrito para convencer a nadie desde el primer párrafo. Fue escrito para que, si llegaste hasta el final, ya no puedas decir que nadie te lo dijo.

El diagnóstico está hecho. Sabes quién eres —roto—, sabes quién es el enemigo —el globalismo que secuestra la soberanía de los pueblos— y sabes qué camino hay: el soberanismo, la decisión de recuperar el control de tu destino. El libro ya hizo su parte. El resto depende de ti.

La soberanía empieza en la mente: en pensar con cabeza propia, en romper con la programación que te dice que esto es lo único posible, que la historia ya terminó. Sin soberanía espiritual, no hay soberanía que valga. El que no piensa por sí mismo ya está derrotado antes de empezar.

El roto nunca se ha rendido —ni en Yungay, ni en el desierto, ni cuando el Estado le dio la espalda — y no tiene por qué rendirse ahora. El soberanista no sabe si va a ganar esta pelea, pero prefiere caer con las botas puestas que vivir de rodillas. La esclavitud no es solo falta de libertad: es falta de sentido. El conformismo y el individualismo son la muerte en cuotas.

No necesitamos que todos despierten. Necesitamos que los que ya están despiertos actúen: una masa crítica de rotos conscientes puede inclinar la balanza. No se trata de un líder ni de un partido, sino de una red de conciencias que se reconocen entre sí. Y no se trata de cambiar un amo por otro: se trata de que el roto sea dueño de su propio destino.

Esa decisión, la de que el roto sea dueño de su destino, tiene una forma concreta. Imaginemos un Chile soberanista de verdad: no una promesa de campaña, sino algo que ya empezamos a construir con las manos.

Agua como derecho, no como negocio. Energía barata, porque el litio y el cobre son nuestros. Un nivel de vida que no le envidie nada a Suecia. Participación real: asambleas vecinales, plebiscitos vinculantes. Que las AFP financien viviendas y ferrocarriles, no especuladores. Que la banca pública preste a cooperativas. Hospitales y escuelas de primer nivel, sin arrodillarse ante nadie. Fuerzas Armadas reencontradas con el pueblo para cuidar que nadie vuelva a saquear la patria.

Pero ese Chile no se va a regalar solo. Antes de imaginarlo hecho, hay que imaginar también lo que se nos viene encima si lo intentamos en serio —porque el poder no se suelta sin pelear. Van a usar lawfare, noticias falsas, caos controlado. Ya lo hicieron con Lavandero. Lo van a intentar de nuevo.

Y el peligro más grande no siempre viene de afuera. También puede venir de nosotros mismos, si no aprendemos a cuidarnos entre rotos.

Cuidado con el "soberanismo de salón": ese de debates eternos entre intelectuales que jamás han pisado el barro del territorio. Esos se van en puro blabla y no hacen nada.

Cuidado con la "fractura tribal": esa tontera de pelearnos entre nosotros, acusándonos de traidores por puras voladas de pureza ideológica, mientras el globalismo nos mira pelear y nos copa los espacios que dejamos vacíos.

Cuidado con el "mesianismo": dejarle toda la pega a un solo caudillo iluminado. Cuando lo boten —y lo van a botar—, nos quedamos sin nada por no tener organización de base.

Y la advertencia más dura de nuestra historia: ojo con los reformistas tibios, esos que parten prometiendo el cielo y terminan sirviendo al capital por un puesto cómodo en el sistema. El

pueblo que confía a ciegas termina traicionado.
El pueblo que se organiza y vigila, perdura.

El soberanismo no busca reformar el sistema.
Busca reemplazarlo desde sus cimientos. El
soberanismo es refundacional. Es revolucionario
o no es.

El soberanismo no promete la victoria. Promete
que vas a poder mirarte al espejo sin vergüenza,
porque intentaste, porque no te quedaste
mirando, porque aunque caigas, no caíste de
rodillas.

Yo ya hice mi parte: la de escribir este libro, dar
la cara y no esconderme detrás de un
seudónimo. Lo dijimos al principio de este libro,
y lo repito ahora que estás por cerrarlo: el roto
despierta cuando deja de pedir permiso.

Ya no pidas permiso.

Despierta.

Septiembre de 2026



El despertar del roto pone a algo
que millones de chilenos ya sienten
sin saber cómo decirlo: que el cobre,
el litio y el agua deberían ser nuestros;
que la democracia que tenemos
vota pero no decide; que la palabra
“roto” no es un insulto, es una herencia
de guerra que nadie nos enseñó
a reclamar.



[1] Los tribunales de arbitraje que contempla el TPP-11 son el CIADI (Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones) y la CNUDMI (Comisión de las Naciones Unidas para el Derecho Mercantil Internacional).

[2] María Olivia Mönckeberg, El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno (Santiago: Ediciones B, 2001).

[3] Javier Calzada Montealegre, "Refichaje ilegítimo de partidos: el blanqueo de la corrupción política que nadie quiere tocar", CIPER Chile, 16 de septiembre de 2019.

[4] El "Congreso Termal" fue designado a dedo en 1930 por Carlos Ibáñez del Campo, con la complicidad de los partidos tradicionales, al presentar listas con el número exacto de candidatos para evitar la votación. Este parlamento espurio fue disuelto el 6 de junio de 1932 por la efímera República Socialista, liderada por Marmaduke Grove, Eugenio Matte y Carlos Dávila, como uno de sus primeros actos de gobierno.

[5] Jorge Lavandero Illanes, El precio de sostener un sueño (Santiago: LOM Ediciones, 1997). El atentado del 20 de marzo de 1984 es narrado por el propio Lavandero en el capítulo "Atentado un Intento Frustrado", donde detalla el robo de los documentos del caso "El Melocotón", la fractura de cráneo y la pérdida de audición que le provocaron los agentes de la CNI.

[6] Miguel Bonasso, El Mal. El modelo K y la Barrick Gold. Amos y servidores en el saqueo de la Argentina (Buenos Aires: Planeta, 2011). Bonasso documenta los acuerdos entre los gobiernos de Chile y Argentina para favorecer a Barrick Gold, y cómo Lavandero fue encarcelado por oponerse a ellos. El

propio Lavandero incluye una referencia a este libro en su Autobiografía de un asesinato de imagen (2014).

[7] Datos del Consejo Minero y de Codelco, cruzados con estimaciones del Comité de Defensa del Cobre. La diferencia entre el aporte fiscal de Codelco y el de las mineras privadas refleja la asimetría estructural del modelo tributario chileno.

[8] Héctor Vega Tapia, Cobre. El metal de la discordia. Crónica de un saqueo (Santiago: Editorial Forja, 2025). Los datos se basan en Documentos Únicos de Salida (DUS) del Servicio Nacional de Aduanas para los años 2023 y 2024.

[9] Juan Camus Arancibia, Los concentrados de cobre: un tema en discusión permanente (Cuadernos de Educación, Universidad de Playa Ancha, 2012). Disponible en: <https://cuadernosdeeducacion.wordpress.com/2012/03/19/los-concentrados-de-cobre-un-tema-en-discusion-permanente-juan-camus-a/>

[10] Estudio de factibilidad del Comité de Defensa del Cobre para la instalación de espectrómetros de absorción atómica en los puertos de Coloso, Los Vilos, Patache, Coquimbo y Ventanas. Costo estimado por unidad: US\$ 60.000.

[11] World Integrated Trade Solutions (WITS), datos de comercio de aleaciones de cobre para el año 2020. La comparación entre el precio de exportación de Chile y el de Suiza refleja la pérdida de valor agregado por la ausencia de industrialización.

[12] Estimación del Dr. Juan Camus, respaldada por datos de la planta Aurubis de Hamburgo y por los cálculos de Jorge Lavandero Illanes. La cifra de 140 mil millones es conservadora, ya que muchos subproductos no son cuantificados por la falta de fiscalización en los puertos.

[13] "Los Edwards: Piratas, banqueros y golpistas anglosajones", El Ciudadano, 12 de julio de 2014.

[14] José Bengoa, Historia rural de Chile central, tomo II (Santiago: LOM, 2003).

[15] María Olivia Mönckeberg, Los magnates de la prensa (Santiago: Debate, 2009).

[16] Tancredo Pinochet Lebrun, "Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia", La Opinión, serie de cartas publicadas entre octubre y diciembre de 1917. El episodio es analizado por Gabriel Salazar en Labradores, peones y proletarios (Santiago: Ediciones SUR, 1985) como ejemplo de supresión deliberada de la inteligencia al servicio del latifundio.

[17] José Bengoa, Historia rural de Chile central, Tomo II, Santiago: LOM Ediciones, 2000.

[18] Gabriel Salazar, Labradores, peones y proletarios (Santiago: Ediciones SUR, 1985), citando a Manuel Llorca-Jaña.

[19] Óscar Fuentes, "Los fantasmas de San Felipe: El linaje Edwards, la herencia de la hacienda y la farsa del nacionalismo", oifb.cl, 8 de julio de 2026.

[20] Mario Góngora, Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX (Santiago: Editorial Universitaria, 1981), p. 5. La frase sobre la "creación moderna, frágil" está en la p. 26 del mismo ensayo.

[21] Isidoro Errázuriz, citado en Mario Góngora, Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX, Santiago: Editorial Universitaria, 1986, p. 12. La interpretación de Góngora sobre la postergación de la democracia por falta de "virtud republicana" está en p. 11.

[22] Domingo Santa María, citado en Góngora, Ensayo histórico, p. 20. Santa María fue presidente de Chile entre 1881 y 1886; la frase refleja el desprecio de la élite decimonónica por la participación popular.

[23] Joaquín Fernández Blanco, citado en Góngora, Ensayo histórico, p. 23. Fernández Blanco, un político de la época, registró que los artesanos y el pueblo decían de la Guerra Civil de 1891: "Estas son historias de los futres" —una disputa entre ricos, no entre clases.

[24] Joaquín Edwards Bello, *El Roto* (Santiago: Nascimento, 1920). Novela que retrata la vida del roto en el conventillo y el barrio de la Estación Central, pero desde la mirada de un miembro de la familia Edwards, no desde la voz del protagonista.

[25] Jerónimo de Vivar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (1558); Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del Reino de Chile* (1595); Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales de los Incas* (1609); Pedro Cieza de León, *La crónica del Perú* (1553). Todos documentan el estado calamitoso de la hueste almagrista tras el cruce del Desierto de Atacama.

[26] El gesto de Almagro está documentado en registros notariales de la época y citado por Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891*, tomo I (Santiago: Editorial Nascimento, 1948), capítulo sobre la expedición de Almagro. Encina señala que Almagro "rompió los pagarés de sus soldados, liberándolos de la ruina", gesto que selló la lealtad de la hueste.

[27] Andrés Sabella, *Norte de Chile, sur de Perú* (1972), y otros ensayos recogidos en su obra póstuma. El debate

también aparece en Horacio Gutiérrez, *La invención del roto chileno*, y en Oreste Plath, *Epopeya del "roto" chileno* (1957).

[28] Diego Barros Arana, *Historia jeneral de Chile*, tomo I (Santiago: R. Jover, 1884). La cita sobre el roto como "sinónimo de plebe" aparece en el contexto de la sociedad colonial chilena.

[29] Indalicio Téllez, *Raza militar* (Santiago: Editorial Nascimento, 1926). Las crónicas citadas por Téllez incluyen a Góngora de Marmolejo, Diego de Rosales, Pedro de Valdivia, el padre Miguel de Olivares, Alonso de Ercilla y un cronista anónimo que documenta el combate en "escuadrones cerrados". La comparación con aztecas e incas y la observación de los instructores alemanes y rusos están en el mismo ensayo.

[30] Los datos sobre ascendencia genética en la población chilena provienen de estudios publicados por el equipo del Proyecto Chile Genómico, liderado por el Dr. Francisco Rothhammer y colaboradores, en revistas especializadas de genética de poblaciones entre 2014 y 2015 (Ey-2015, Fu-2014).

[31] Alonso de Ercilla, *La Araucana*, primera parte (1569), Cantos Primero y Séptimo. La cita "el agüero alegre o triste en la fuerza y el ánimo consiste" es del Canto Primero. La disciplina férrea de Lautaro —empalar al que abandonaba el puesto y colgar al que se dormía— está en el Canto Séptimo. La lucida escuadra de caballo está documentada en las crónicas de la época y en el testimonio de Ercilla sobre la capacidad de Lautaro para organizar jinetes araucanos.

[32] Benjamín Vicuña Mackenna, "La sarjento Candelaria y la monja alférez", en *Miscelánea*, tomo I (Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872), p. 241-242. Vicuña Mackenna

entrevistó a Candelaria Pérez en 1869 y documentó su acción en el cerro Pan de Azúcar: "fusil en mano, trepó la empinada cuesta, animando a los bravos cazadores de su fiel Carampangue".

[33] Benjamín Vicuña Mackenna, citado en Gabriel Cid, *La Esparta americana* (Santiago: Crítica, 2026). Las cifras de movilización (3.000 → 140.000) están en la misma obra.

[34] Salvador Donoso, *Boletín de la Guerra del Pacífico*, 15 de junio de 1879, citado en Gabriel Cid, *La Esparta americana* (2026).

[35] Gabriela Mistral, "El patriotismo de nuestra hora", Punta Arenas, septiembre de 1919.

[36] Juan Portilla, carta al capitán Antonio María López desde el hospital de sangre de La Serena. Registros del Batallón de Ingenieros N°1 Atacama. Citado en el informe de verificación histórica de Héroes de la Guerra del Pacífico (2023).

[37] Benjamín Vicuña Mackenna, *Álbum de la Gloria de Chile* (1883). Su biografía también aparece en los registros del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

[38] José Miguel Varela, *Diario de campaña*, citado en Guillermo Parvex, *Un veterano de tres guerras* (Santiago: Ediciones B, 2016).

[39] Nicolás Palacios, *Raza Chilena*, Valparaíso: Imprenta y Litografía Alemana, 1904. La segunda edición, con prólogo de su hermano Senén Palacios, fue publicada en Santiago por Editorial Chilena en 1918 (disponible en Memoria Chilena).

[40] Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica*, 5ª ed., Santiago: Editorial Universitaria, 1981 (1ª ed. 1911). Encina retomó la tesis del origen gótico del

conquistador español, coincidiendo en lo general con Palacios aunque con mayor rigor documental.

[41] Hernán Godoy, *El Carácter Chileno*, p. 289. Godoy destaca la función sociológica del mito de Palacios para levantar la autoestima nacional en un momento de enajenación extranjerizante.

[42] Juan Bragassi Hurtado, "La Vida de Nicolás Palacios y la Trascendencia de su Obra", Centro de Estudios, 2006. Bragassi rastrea la influencia de Palacios en los nacionalismos iberoamericanos del siglo XX.

[43] Juan Bragassi Hurtado, "La Generación Centenario y la Unión Nacional de Chile", Centro de Estudios, 2006.

[44] Luis Emilio Recabarren, "Ricos y pobres: análisis crítico del primer centenario de la República de Chile", conferencia dictada en Rengo el 3 de septiembre de 1910.

[45] IHRA (International Holocaust Remembrance Alliance), *Working Definition of Antisemitism*, 2016.

[46] National Security Study Memorandum 200 (NSSM 200), 1974. Desclasificado en 1989.

[47] Rahm Emanuel, entrevista en *The Wall Street Journal*, 19 de noviembre de 2008.

[48] Quinn Slobodian, *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2018. Slobodian documenta cómo los primeros neoliberales concibieron un orden mundial donde la soberanía popular quedara subordinada a los derechos del capital, utilizando instituciones supranacionales como una "jaula" para proteger al mercado de la democracia.

[49] World Health Assembly, "Amendments to the International Health Regulations (2005)", WHA77, 1 June 2024. Las enmiendas entraron en vigor en 2025.

[50] World Health Assembly, "Amendments to the International Health Regulations (2005)", WHA77/2024/REC/1, Annex, artículo 1. El texto reformado otorga al Director General la facultad de declarar una emergencia basada en el "potencial" de una amenaza.

[51] World Health Assembly, "Amendments to the International Health Regulations (2005)", WHA77/2024/REC/1, Annex, artículo 3.1.

[52] Yanis Varoufakis, Technofeudalism: What Killed Capitalism, 2024.

[53] La "Ilustración Oscura" es una corriente intelectual asociada a figuras como Curtis Yarvin, Nick Land y Peter Thiel. Sus tesis sobre el reemplazo de la democracia liberal por un orden tecnocrático están desarrolladas en Yarvin, The Dark Enlightenment (2010).

[54] Sobre el concepto de katechon en Carl Schmitt, ver The Nomos of the Earth (1950). La apropiación del concepto por parte de la "Ilustración Oscura" y su uso por Peter Thiel está documentada en Blake Masters, "Peter Thiel's Political Theology", 2015.

[55] David Stoll, ¿América Latina se vuelve protestante?, Buenos Aires: Ediciones B, 1990. Stoll documenta cómo el crecimiento del protestantismo evangélico en América Latina no fue un fenómeno espontáneo, sino una estrategia de penetración cultural impulsada por redes misioneras financiadas desde Estados Unidos.

[56] Sobre el Plan Cóndor, ver el Informe del Senado de Estados Unidos sobre Inteligencia y Actividades Encubiertas (1976) y J. Patrice McSherry, *Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America*, Rowman & Littlefield, 2005. La coordinación represiva entre las dictaduras del Cono Sur está ampliamente documentada en archivos desclasificados de la CIA y los Ministerios de Relaciones Exteriores de los países involucrados.

[57] No existe un documento oficial que ordene la introducción de pasta base como política de Estado. Sin embargo, la coincidencia temporal entre su irrupción masiva en las poblaciones periféricas a principios de los ochenta y la necesidad del régimen de desactivar los focos de resistencia —sumado al narcotráfico institucionalizado ya documentado en el caso Riggs y los informes de la DEA— permite afirmar que hubo tolerancia estatal, si no facilitación directa. Vecinos de La Victoria, La Legua y La Hermida han relatado que la droga apareció como algo nuevo y que "la regalaban al principio". El impacto en el tejido social ha sido documentado por investigadores como el Dr. Hernán Palma y por organizaciones territoriales de esas poblaciones.

[58] Sobre el derrocamiento de Allende, ver el Informe Church (1975) del Senado de Estados Unidos, que documentó el rol de la CIA en Chile. Ver también Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, New York: The New Press, 2003.

[59] Banco de Inglaterra, "Money creation in the modern economy", *Quarterly Bulletin*, Q1 2014.

[60] Michael Hudson, *The Collapse of the American Dream* (New York: Skyhorse Publishing, 2024).

[61] Yuan digital (e-CNY) y sistema de crédito social. Fuente: Banco Central de China.

[62] Nicanor Parra, *Artefactos* (Santiago: Editorial Universitaria, 1972).

[63] Pablo Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.

[64] Guido Agostinelli, *Falacias libertarias: cómo evitar caer en la estafa de moda*, Buenos Aires: Ediciones CICCUS, 2023. Agostinelli documenta las contradicciones empíricas del discurso libertario: presión tributaria argentina (29,1%) por debajo del promedio OCDE (34,1%), déficit fiscal como herramienta común en 140 de 181 países, y la paradoja de la "casta".

[65] Diego Fusaro, entrevista en *Resumen Latinoamericano*, 14 de julio de 2019. Fusaro analiza cómo el anticomunismo contemporáneo funciona como un mecanismo para deslegitimar cualquier proyecto colectivo que cuestione el orden del mercado.

[66] Alfredo Jalife-Rahme, *Nacionalismo contra globalismo*, México: Grupo Editor Orfila Valentini, 2019. Jalife sostiene que la contradicción izquierda-derecha es arcaica y la nueva dicotomía es globalismo versus nacionalismo.

[67] Stephen Davies, *The Great Realignment: Why the New Right is Here to Stay*, Cambridge: Polity Press, 2026. Davies argumenta que la nueva línea de fondo es soberanía e identidad colectiva versus cosmopolitismo y globalismo.

[68] Thomas Homer-Dixon, *Commanding Hope: The Power We Have to Renew a World in Peril*, Toronto: Knopf Canada,

2020. Homer-Dixon describe las crisis convergentes como una "tormenta perfecta" que erosiona el orden liberal.

[69] Emiliano Valenzuela, *La generación fusilada: memorias del naciismo chileno (1932-1938)*, Santiago: Editorial Universitaria, 2025. El MNS, aunque imitó la estética del fascismo europeo, renegó explícitamente del nazismo alemán y del antisemitismo racial, buscando un "Estado en forma" inspirado en Portales. La masacre del Seguro Obrero (59 jóvenes ejecutados) selló el fin del movimiento y tuvo un efecto sísmico en la política chilena, permitiendo la estrecha victoria de Pedro Aguirre Cerda sobre el candidato oficialista Gustavo Ross.

[70] Aleksandr Dugin, *The Fourth Political Theory*, Londres: Arktos Media, 2012. La obra original fue publicada en ruso en 2009. Dugin plantea la superación del liberalismo mediante la síntesis entre socialismo y nacionalismo, y la insubordinación al orden unipolar a través de la multipolaridad.

[71] Datos del Centro de Estudios Públicos (CEP) y estudios agregados de opinión pública sobre nacionalización del cobre, con desglose por identificación política y nivel socioeconómico, 2023-2025.

[72] Encuesta Plaza Pública Cadem sobre percepción del sistema económico y privatización de servicios básicos, y encuesta sobre garantía constitucional del agua, La Tercera, 2022-2025.

[73] Pedro Godoy Perrin, "El nacionalismo de izquierda en Chile", *Patria Grande*, Tercera Época, Año 3, N° 33, diciembre de 2010.

[74] El estudio genético del chileno promedio indica un 52% de ascendencia europea y un 44% indígena, con una asimetría

de género fundamental: el 80% del ADN paterno (cromosoma Y) es europeo, mientras que el 84% del ADN mitocondrial (heredado exclusivamente por vía materna) es amerindio. Esto significa que los conquistadores fueron hombres y las madres de la nación fueron mujeres mapuche. Ver Francisco Rothhammer y Elena Llop, Poblaciones chilenas: cuatro décadas de investigaciones bioantropológicas, Santiago: Editorial Universitaria, 2004.

[75] Alberto Edwards, La fronda aristocrática en Chile, Santiago: Editorial Universitaria, 1928. Edwards, explícitamente inspirado en Oswald Spengler, emplea la noción de "Estado en forma" para describir un orden político orgánico, basado en la autoridad legítima y la cohesión espiritual de la nación. Ver también "La sociología de Oswald Spengler", Atenea, junio-julio de 1925.

[76] La crítica al Estado intervencionista como un Leviatán burocrático es recurrente en la literatura política chilena desde la Generación del Centenario. Francisco Antonio Encina, en Nuestra inferioridad económica (1912), advirtió contra la "empleomanía" y el crecimiento desmedido del aparato estatal.

[77] El modelo del Estado "guardia nocturno" es la aspiración del neoliberalismo clásico, sintetizada en la metáfora del "Estado mínimo" implementada en Chile durante la dictadura y perpetuada por la Constitución de 1980.

[78] Francisco Antonio Encina, Nuestra inferioridad económica, Santiago: Editorial Universitaria, 5ª ed., 1981.

[79] Tancredo Pinochet LeBrun, Si yo fuera presidente, Santiago: Comité Central de la Pro-Candidatura Presidencial de Tancredo Pinochet, 1938. El autor defiende una democracia meritocrática, donde el poder debe recaer en los ciudadanos más capaces y cultos, argumentando que la falta

de educación popular es la que permite a la oligarquía perpetuar su dominio a través del cohecho y la manipulación electoral .

[80] Marcelo Gullo, Insubordinación fundante (Buenos Aires: Editorial Biblos, 2010).

[81] Aleksandr Dugin, Noomakhia: Wars of the Mind (Moscow: Academic Project, 2014). Martin Heidegger, Ser y tiempo (1927).

[82] Gabriel Salazar, Historia del municipio y la soberanía comunal en Chile (1820-2016) (Santiago: LOM Ediciones, 2019).